REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVI — San José, Costa Rica — 1950 — Sábado 30 de Setiembre — No. 18

Año XXXI — No. 1117

En el Figón de la Reina Patoja
—no el de Anatolio sino el de Santiago—
*dió el Premio al fin la Junta heterodoja **
como un estímulo en vez de un halago.

¡Qué bien lo explica el de la estrella roja!
Sólo justicia se hizo en ese pago.
Varios colegas claman su congoja;
mas otros ríen al primer amago.

Latcham salta en seguida con la estampa
del buen José Santos González Vera
y Alone se humaniza de repente.

*En mi amigo Ezequiel ** de la otra Pampa*
yo pienso sin sorpresa majadera,
mientras Babel *renueva su ascendiente.*

e. e.

* Formada por Juvenal Hernández, rector de la Universidad de Chile, Francisco Walker Linares, profesor y crítico; y Ernesto Montenegro, autor de *Mi tío Ventura, Puritania,* etc.

** Martínez Estrada, que obtuvo igual recompensa en Buenos Aires hace veinte años en vísperas de publicar su *Radiografía de la Pampa* (*Babel*, 1931). Véase en "Trapalanda", el ataque dirigido al Jurado por Manuel Gálvez, autocandidato asimismo al Premio Nobel, y la defensa de Leopoldo Lugones, a la sazón presidente de la Sociedad Argentina de Escritores.

(En *Babel. Santiago de Chile*, Nº 54. 2do. trimestre de 1950).

González Vera

Nació en El Monte, el 2 de noviembre de 1897. Allí vivió su niñez y aprendió, enseñado por su madre, las primeras letras.

En 1908, trasladada la familia a Santiago, ingresó al Liceo Santiago —hoy Valentín Letelier— en el que permaneció hasta el primer año de humanidades, y del que fué expulsado por no asistir a algunas clases (caligrafía, gimnasia y canto).

Tuvo allí de profesores a don Clemente Barahona Vega, al Dr. Fernández Peña y a don Emilio Vaïse.

Al salir del Liceo, "¡Ahora trabajarás!", le dijo su padre, y González Vera fué sucesivamente, en Santiago, aprendiz de pintor, aprendiz de anticuario, mozo de sastrería, empleado en una casa de remates, agente de suscripciones y vendedor callejero de la revista *Selva Lírica*, corresponsal de un diario de provincia, empleado en la clínica de los Ferrocarriles del Estado y director de la revista *La Pluma*, fundada por él.



José Santos González Vera

Premio Nacional de Literatura 1950

(Recortes enviados por *E. E.*, en Santiago de Chile).



González Vera

✕

Huyendo de las persecuciones de 1920 fué a parar a Valdivia, donde se desempeñó, primero, como cronista de diario y como empleado en una fundición después.

De regreso a Santiago, entró a colaborar en la administración y en la redacción de la revista *Claridad*, órgano de la Federación de Estudiantes de Chile; pasó después a ser atendedor en la corrección de pruebas de los talleres gráficos de la Penitenciaría, empleado en una peletería y, finalmente, anticuario. En 1932 casó con María Marchant y ha tenido dos hijos, Alvaro y María Elena.

Ha viajado por Venezuela, Argentina y Bolivia. Desde 1935, es Director de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual.

Publicó en 1923 su primer libro *Vidas Mínimas*, y seis años más tarde, *Estampas de una aldea*: *Alhué*. Son sus únicos libros publicados.

Tiene en preparación una colección de cuentos y un libro de artículos y pequeños ensayos; concluída, una obra, *Cuando era muchacho* anticipada en parte en *Babel*, en la que narra su infancia y su mocedad y que cierra, al parecer, el ciclo que abrió con *Vidas Mínimas*.

Esta labor literaria, pequeña pero valiosa, le ha valido el Premio Nacional de Literatura (junio de 1950) que él no exigió ni pidió y que, aún más, no esperaba recibir.

M. L.

CONOCI a González Vera en 1922. Todavía se vivían intensamente las consecuencias del memorable año 20, y lo más concreto que irradiaba de su prestigio era el grupo de escritores lanzado por la revista *Claridad*, órgano de la Federación de Estudiantes. El prosista revelador de esa época era González Vera, que con Eugenio González y Manuel Rojas perseveraron después en la carrera literaria.

Los asaltantes del edificio estudiantil no se olvidaron de hacer compartir su furor destructivo a la imprenta *Lumen*, ubicada en la calle Santa Rosa, esquina de Cóndor. Junto a los originales, que un milagro preservó, estaban también los de la novela *Vidas Mínimas* del extraño artista que con un solo libro se ubicó entre los maestros del estilo chileno. Entre montones de manuscritos y papeles escrutados por la minucia policial, y destinados al examen de la Corte de Apelaciones, se hallaba el puñado de cuartillas que González Vera dió por definitivamente extraviadas. Cuenta él mismo que su obrita se fué agrandando en su imaginación, mientras esquivaba en el sur del país la ira reaccionaria desencadenada sobre sus compañeros de generación.

Cuando apareció *Vidas Mínimas* (1922) se produjo en Santiago una de esas consagraciones subitáneas, semejantes a las que en Francia determinaron Alain-Fournier con su *Grand Meaulnes* y Raymond Radiguet con *Le Diable au Corps* y *Le Bal du Comte d'Orgel*. La diferencia estriba en que los franceses murieron prematuramente, pero ganaron la gloria terrenal, mientras que González Vera prosiguió su camino sin orgullo ni vanidad, pero acerando y puliendo el instrumento expresivo. La obsequiosidad y la tolerancia parecen ser los demonios íntimos del escritor, ahora elegido para el Premio Nacional de Literatura. Mientras otros camaradas de letras son agresivos e impacientes, en su carácter todo aparece reprimido y suavizado por una delicada veta de humorismo que le aceita la más mínima insinuación biliosa. Esperó que pasaran varios años para sacar a luz *Alhué* (*Estampas de una aldea*) en 1928. La prosa sutil de *Alhué* se perfilaba con tonos más personales, y la mirada del analista de almas sabía escrutar en la curiosa galería de tipos campesinos despojados de sus rústicos atavíos y situados en una atmósfera de inolvidable poesía. El padre, don Nazario, Tristán; Aliste, el sepulturero; Clorinda, Loreto, Ismael, son algunas de las estampas criollas en que la veracidad psicológica no choca con las buenas maneras en su adecuada evocación.

El tiempo confirmó las esperanzas de los críticos de 1922, que saludaron a *Vidas Mínimas* como obra clásica de una literatura.

El escritor se ha enriquecido, mientras tanto, con provechosos viajes a Venezuela y a Bolivia, con fuertes lecturas, con esa decanta-

ción celular que se opera en los sujetos dotados de autocrítica. González Vera ha sido aficionado también a sacar revistas, algunas de corta duración, como *La Pluma, Célula* y *Babel*, en cuyo equipo colabora con entusiasmo desde su fundación, en mayo de 1939. En sus numerosos cuentos, diseminados en *Babel*, resplandecen sus virtudes más auténticas: la narración sabrosa, entrañada, la brevedad del relato, lo esquemático de la técnica, el odio a la retórica, sin descuido del bruñido de la prosa, siempre pulida y saturada de irónica fluidez. Son admirables los que ha intitulado "La voz en el desierto", sátira a los conferenciantes y a sus incansables auditorios; "Casa de Remates", pintura deliciosa de un medio propicio a suscitar reacciones humorísticas; "Maruri Esquina Cruz", visión nítida de la existencia popular santiaguina; "Patancha y el vegetariano", rico de contenido psicológico, y "Vuelapoco y otros", donde estalla la imagen criolla de un temblor. Forman un conjunto que esperamos ver muy luego reunido en un nuevo volumen de tan avara pluma.

González Vera ha ejercido esporádicamente la crítica y sabe descubrir aspectos de los escritores que pasan inadvertidos a los especialistas, ya sea por su objetividad o porque evitan el retrato, a la manera francesa. Su extenso análisis de Baldomero Lillo (1931), el ensayo sobre Vicente Pérez Rosales (1946), y diversas notas aparecidas en *Indice, Babel* y otras revistas, confirman su penetración y el esmero con que persigue escondidos detalles, que entrañan el secreto de una actitud intelectual. No soy aficionado a citar cosas personales, pero me parece estupenda una interpretación acerca de mi tendencia al impresionismo descriptivo, que publicó en *Indice* allá por 1930.

González Vera ha obtenido un logro definitivo con su manera de enfocar la comedia humana y de sacar luces insólitas a las cosas vulgares. Nada más distinto y ajeno al criollismo pinturero que otros han puesto de moda. No abusa de su paleta, sabe graduar el colorido, destaca los ángulos grotescos de los seres, sin deformarlos y empapándolos con humana simpatía.

Alguien ha insistido en el aristocratismo de González Vera, siendo escritor de extracción popular. Es simplemente externo y corresponde a su señorío del estilo, de la frase y a su cortesía acariciadora, visible aún en los momentos en que toca las fibras secretas de la sensibilidad.

El Premio Nacional de Literatura de 1950, concedido a un autor de escasa producción y que se halla de espaldas a la espectacularidad del profesionalismo intelectual, ha de lisonjear a todos los amantes de la cultura. No ha sido un temperamento exhibicionista, y sus dos libros han tenido ediciones y reediciones que hoy no se encuentran en las librerías. Debe poseer, por lo menos, un volumen de cuentos y una novela encarpetados en el laboratorio donde ha sabido macerar los períodos, redondear las frases y acicalar las formas hasta hacerlas insensibles al que no sabe sorprender los misterios del oficio.

Ha predominado en el fallo, nos parece, la idea de que se reconozca alguna vez la calidad sobre los plúmbeos mamotretos que muchos confunden con una valiosa producción. En Europa es frecuente ver premiados a escritores de escasa densidad, pero de pulso seguro. En Chile hay también hombres de letras que no hacen estribar su prestigio en catálogos de ilegibles engendros o en centones poéticos destituídos de vivencias esenciales. Marta Brunet, Manuel Rojas, Max Jara, María Luisa Bombal, Humberto Díaz Casanueva, Rosamel del Valle, Salvador Reyes, constituyen la prueba de este aserto.

Los premios literarios dejan, a veces, un sabor de ceniza en los labios. Quedan atrás las envidias, los rencores, los resentimientos. No siempre la puntería de los jurados es certera, y son aplastantes los errores que hacen sangrar al excitable gremio de los literatos.

Pero creemos que con González Vera no ocurrirá nada de lo que va tornando peligroso pertenecer al tribunal que otorga la altísima recompensa ganada por el autor de *Vidas Mínimas* y de *Alhué*.

El aliento generoso de su obra, la limpia vocación de una vida entregada al servicio de la belleza, el alejamiento de todo filisteísmo, hacen de González Vera un excepcional caso que contrasta con el loco retablo en que se han puesto a discutir los autocandidatos al Premio Nacional.

Lo inesperado ha venido de la mano con lo certero, al elegir al habitante de un silencioso distrito literario para destacarlo entre los mejores.

Ricardo A. LATCHAM.

La obra de González Vera

..."A muchos habrá de sorprender acaso, por la primera vez, el nombre del autor agraciado con el Premio Nacional de Literatura para este año. Otros nombres más sonados estuvieron circulando hasta última hora como favoritos y puedo asegurar que todos ellos, y algunos más, recibieron la debida atención del jurado. Algunos de esos escritores, hombre o mujer, tienen en su haber libros que sin duda quedarán por largo tiempo en nuestras letras por la fidelidad con que reflejan algún aspecto importante de la vida chilena, o por las gracias de su estilo, o por la influencia saludable que promovieron en ciertos aspectos importantes de nuestras costumbres o de nuestras instituciones. Estemos ciertos de que a todos ellos les llegará el día del reconocimiento en forma de este premio anual para la obra total de nuestros mejores escritores.

"La consideración que hizo prevalecer la personalidad de J. S. González Vera entre un buen número de sus contemporáneos fué la siguiente: su calidad única en nuestra literatura. Tal afirmación necesita ciertamente amplificaciones que le den fundamento. Voy a procurar hacerlo por mi cuenta, aun cuando quiero suponer que mis colegas del jurado refrendarían por lo menos las conclusiones generales de mi posición. Cuando digo, pues, que la obra de González Vera se singulariza en la literatura chilena de hoy, estoy indicando no sólo que su originalidad es evidente y que por lo tanto no se halla desvirtuada por la imitación de modelos extranjeros o nacionales. Mi convicción va todavía más lejos, pues estimo que esa obra es representativa del genio nacional en sus mejores aspectos.

"En una palabra, en González Vera encontramos una visión directa de las gentes y las cosas. La suya es, hasta donde sea posible, una literatura sin "literatura". El estilo es sobrio hasta el ascetismo. No hay palabras ni de más ni de menos; no hay abalorios de retórica, ni frases campanudas, ni letanías sentimentales. Es la humildad y la sinceridad hechas verbo, producto legítimo de una conciencia bien penetrada de las altísimas responsabilidades de una verdadera vocación de escritor.

"Los caminos del Arte están cuajados de tentaciones fáciles, y solamente los espíritus firmes y puros saben resistir el empleo de esos recursos postizos —adjetivación multicolor, tipos y situaciones convencionales— que van derecho a ganarse el favor del gusto vulgar, pero que desnaturalizan una obra y pervierten irremediablemente la moral artística de la gran mayoría de los que sucumben a la tentación de falsificar sus dones.

"El autor de *Vidas Mínimas* y *Alhué*, es un caso aparte. No tenemos memoria de ningún ensayo de principiante. Sus pecados de juventud como escritor debió condenarlos a la destrucción o al olvido, porque esos dos pequeños grandes libros revelan una depurada perfección de estilo que la mayoría de nuestros escritores no llegan a alcanzar jamás. *Vidas Mínimas*, escrita entre los veinte y los treinta años, es una historia compuesta con una serie de escenas de la vida en una conventillo santiaguino. El autor es el "héroe" del relato y se comunica con el lector en un lenguaje a la vez familiar y neto, sin falsa modestia y también sin jactancia (Si alguien dice ¡bah, qué gracia hay en ello!, no me queda sino proponerle que ensaye y verá qué resulta).

"El Arte tiene esos misterios inefables, y un artista que no acierte a refundir su experiencia con la inocencia original, hará posiblemente una obra vistosa, entretenida, hasta "brillante"; pero que no engañará a los entendidos, ni resistirá una segunda lectura, ni menos podía pretender pasar a la posteridad. Los escritores del montón no pueden resistir al exhibicionismo, al despliegue de baratijas retóricas, a las palabras raras o de moda, a las citas recónditas, y sobre todo, son incapaces de resistir al deseo de presentarse en actitudes que se les antoja impresionantes. Y, en cambio, aquí tenemos al personaje central de *Vidas Mínimas* que nos habla de sí mismo, exactamente como ve a los demás, sin malevolencia y sin ilusiones, con una profunda simpatía humana que no excluye sino que refuerza una ironía refinada.

"Un Arte como este es una piedra de toque. Leyendo esas páginas tan justas que parecen cosa de milagro, cómo se apagan nuestras pretensiones de erudición o de ingenio, para quedarnos frente a frente de los valores fundamentalmente humanos, y nada más. Yo diría que González Vera se aprendió su estilo descarnado y musculoso, en alguna literatura extranjera, o que corre por sus venas un reguero de sangre nórdica, si no fuese que hay una explicación mucho más inmediata y natural. Este descendiente de castellanos y vascos, es pura y simplemente un retoño espiritual del tronco legítimo de la chilenidad que nos dió a Vicente Pérez Rosales, a Baldomero Lillo y Federico Gana, a Conchalí y a Angel Pino.

"Porque en Arte como en la vida, lo más representativo no suele ser lo que más abunda, y en la literatura, los arquetipos tienen mucho de la excepción. Los pueblos se buscan sus modelos ideales con un instinto que traspasa las apariencias y así, por ejemplo, cuando los ingleses, esa nación de tenderos, según Napoleón, reconoce a Shakespeare como su genio nacional, o cuando nuestros hermanos argentinos hacen de aquel hombre lacónico, sencillo y sin "parada" que se llamó José de San Martín, su héroe máximo, están expresando un anhelo íntimo que su naturaleza externa no confiesa pero con el cual desea identificarse en espíritu.

"Otro tanto nos ocurre a nosotros, en mi

sentir. Pese a nuestros oradores torrenciales y turbios, pese a nuestros literatos amanerados, petulantes o meramente pueriles, en nuestro fuero interno respetamos únicamente a los que nos pagan en buena moneda de oro lo que sus libros nos cuestan en papel moneda. Para nuestro consuelo, no faltan los valores reales entre tanto falso despliegue y tanta grita. Algunos han recibido ya el Premio Nacional de Literatura; otros lo recibirán sin duda en años venideros. Por esta vez la intención del jurado ha sido dar su recompensa material a un escritor por estricto mérito artístico, dejando a un lado las consideraciones de edad, sus necesidades económicas o sus tendencias políticas.

"Era también justo en nuestro pensar tener debida cuenta de la chilenidad de su obra y *Alhué* responde de eso. Es una estampa fiel de una aldea del Valle Central. Pero una pintura de ambiente no basta si carece de trascendencia. Los habitantes de Alhué son también los chilenos de todas partes, sufridos, prontos a ayudar a los más pobres que ellos, bastante susceptibles a las tentaciones del mundo, es decir, humanos, nada más. Y nada menos, porque en este autor de pocas letras humanísticas tal vez, hay un humanista y un filósofo, que ve en profundidad y sabe resistir al tiempo. Es un hombre y un escritor que da la impresión de venir ya de vuelta cuando tantos "se gastan en partidas".

"Y me he reservado para lo último esta consideración, que pongo ahora por mi cuenta, a sabiendas de que contaré con el asentimiento de los demás jurados. La mayoría de nuestros escritores tienen un público más o menos crecido y pueden ganarse pasablemente la vida con su pluma. Sus varios talentos se adaptan por lo general a nuestro ambiente, y la masa de los lectores los favorece. González Vera no puede recibir, por la misma naturaleza de su talento, esa recompensa que da la popularidad. Había que premiarlo, sin embargo, en estricta justicia, y como estímulo para todos los que escriban sin otras miras que las de crear una obra de la más alta perfección de que uno se siente capaz.

Ernesto MONTENEGRO.

(En *El Mercurio*.
Santiago de Chile, 16 de junio 1950).

González Vera

Por *ALONE*
(De *Zig-Zag*).

La vida literaria abunda en paradojas.

Véase.

La Sociedad de Escritores, fundada para ennoblecer el arte, constituída por literatos, libre e independiente, junta con esfuerzo una suma elevada para premiar la novela mejor, abre un concurso, nombra un jurado prestigioso y, entre un centenar de libros, ¿qué premia?: la vulgaridad, la mediocridad, la platitud, el erotismo mercantil, la ausencia de estilo y de gracia, la falta de todo pensamiento elevado, de toda emoción noble, una obra cuyo único mérito está en responder demasiado exactamente a su título: Infierno Gris.

En cambio, el Estado, que no sabe escribir, que obedece a la política y a los bajos intereses, cuyos errores no tienen número, designa a dos funcionarios, admite un escritor, y estos tres seres, encerrados, deliberando, logran atraer al cónclave a un Espíritu Santo de buen gusto y, además, irónico, amigo de las sorpresas, capaz de premiar, ahora, en este país, la finura, la elegancia, la discreción, el silencio, un nombre sólido, sin estrépito, una obra escasa, de alta calidad, la prosa más rara, impalpable, imperceptible, aguda, como descuidada.

Lo hallo desconcertante.

Y si miramos a González Vera nos desconcertaremos más aún.

¿Por qué tiene ese aire de príncipe? ¿Dónde lo ha cogido? No será entre las Vidas Mínimas ni en Alhué. Pero el hecho es que, mientras autores pertenecientes a las capas sociales elevadas, salidos del riñón de la aristocracia, se fruncen, pulen y complican, son siúticos, archisiúticos, éste posee por derecho propio la sencillez, la naturalidad y la transparencia, unidas al giro original y al rasgo insólito, a la gracia menuda, refinada. No sólo en Chile, en América es rara su moderación: una Alteza Serenísima a quien nada de lo humano causa extrañeza y que llegó al mundo provista de una sabiduría inmemorial.

Alguno creerá que pertenezco a su partido. No: pertenezco al partido contrario. Las ideas sociales de González Vera son casi comunistas. Tiene gran fe en multitud de dogmas que yo encuentro dudosos. Pero, salido del pueblo, de tendencias populares, jamás este hombre subiría a una tribuna para gritar las tonterías que, invariablemente, dicen quienes arengan a la masa durante una elección. Y si subiera, ¡qué discurso pronunciaría! Yo creo que tendría el honor de no despertar ningún aplauso. Los más, *"c'est a dire, les sots"*, lo hallarán incomprensible. Y frío.

En esto último, acaso llevaran cierta razón. Porque, si lo han subido al pináculo, forzoso será verlo por todos lados. Y reconocer que le falta calor, emoción humana, entusiasmo. Quienes gustan estremecerse o llorar leyendo no deben abrir sus libros. Sí, es frío.

Pero la estética también es fría; la belleza, la inteligencia, no dan llamas rojas.

No recuerdo bien su primer libro, *Vidas Mínimas*, aunque lo prologué; porque no de ayer ni de anteayer admiro a González Vera; pero, según entiendo, sus pobres personajes, humildes habitantes de un conventillo, pasan recubiertos misteriosamente por una capa de serenidad y deberán frotarse los ojos los espectadores si quieren arrancarse lágrimas, si desean descubrirles protestas encendidas.

Los dioses griegos no lloran; cuando, a su paso, hallaban un espectáculo triste, volvían la cabeza, se velaban el rostro. Estábales prohibido compadecerse y sentir lástima. Estos sentimientos penetraron en el mundo después y bajaron, no del Acrópolis ni del Olimpo, sino del Gólgota y el Calvario.

Pero ambas son montañas sagradas.

En el espíritu de González Vera coexisten curiosamente las ideas agitadas (empezó anarquista y se ha detenido en el límie del comunismo) y una forma impasible, una actitud imperturbable. Revolucionario teórico, llevado al terreno de la acción, probablemente se paralizaría si fuera preciso lanzar palabras vanas, frases declamatorias, como es preciso hacerlo en una revolución.

Ante todo, el buen gusto.

Y como el buen gusto es medida, proporción, equilibrio, yo no le tendría miedo a un movimiento revolucionario dirigido por González Vera. Al contrario. Me gustaría verlo, participaría en él.

Por eso, aunque indiscutible entre los escritores y uno de los más elogiados en los distintos círculos, González Vera no goza de verdadera popularidad, y sólo ahora, gracias a la benéfica paradoja del Premio, su obra penetrará en el grueso público.

Esto hace más meritorio aún el fallo.

Nadie lo esperaba. A la puerta del tribunal había una pecha y una grita sin decoro. Algunos escritores descendieron hasta elogiarse a sí mismos, como cualquier político. Otros recogieron firmas para lanzar manifiestos pidiendo el Premio. Por debajo hervían comentarios, se entremezclaban intrigas, iban y venían anzuelos, influencias, empujones. En verdad, la dignidad literaria no salía realzada.

Pero entre los incontables nombres que sonaron, nadie pronunció el de González Vera.

¡Ojalá se recogiera la lección!

Porque es otro de los aspectos laudables que presenta el Premio discernido a González Vera: da una magistral enseñanza a los propagandistas interesados o gratuitos, espontáneos o urgidos, lanzadores de candidaturas nunca más fuera de lugar que aquí. Hace poco, una señorita del Sur, culta, lectora, probablemente pedagoga, me escribió preguntándome cuál era, a mi juicio, el primer escritor na-

cional. Lo necesitaba para una memoria sobre algo. Le respondí que establecer categorías literarias era difícil, porque hay muchos puntos de vista; pero que, desde el mío personal, para mi gusto, íntimamente, el escritor chileno que, en menor número de páginas y aun de líneas, me producía mayor cantidad de placer, era González Vera.

Seguramente van a decir que ha escrito demasiado poco. Es cierto. Ha tenido esa discreción. Otra nota a favor del jurado. Obligará a González Vera a escribir más o, por lo menos, a reunir en un volumen sus artículos, ensayos y biografías dispersos. El escritor, que como todo buen escritor, no es rico ni se cree un portento, se ha medido mucho y no hostiga a los editores ni al público. El Premio le dará confianza, lo ayudará materialmente, hará posible que entregue el máximum.

Todos así saldremos ganando y tendremos nuestra parte de alegría en los cien mil.

Santiago, 15 de junio de 1950.

El terremoto

Es un relato de *GONZALEZ VERA*

(En *Babel*. Santiago de Chile. Mayo-Junio 1945).

Esa noche de enero me acosté muy temprano. Comenzaba a sumirme en el más agradable de los sueños cuando un remezón fortísimo me despertó. A medio vestir salí al patio delantero, que comunica con la calle, patio que, además de ser estrecho, está encerrado entre altos muros. Intenté abrir la puerta y no lo conseguí. No quise insistir porque comprendí que si volvía a fracasar caería en un nerviosismo muy poco varonil. Me quedé inmóvil como un hombrecito, dispuesto a lo que viniera. El temblor se hizo más intenso. Las mujeres en la calle, imploraban, con razón, al Altísimo. Su griterío era casi peor que el temblor mismo. Un coro lamentable henchía el aire. Unos corrían gritando.

Ahora, el movimiento, ondulante, parecía venir de la entraña profunda de la tierra. Se abría como abanico y todo vacilaba.

Miré las murallas con pesimismo, ay, seguro de que caerían sobre mí si el temblor arreciaba. Aunque he luchado con cierto buen éxito, por mantenerme impasible en circunstancias semejantes, esta vez me sentí muy desamparado y habría llegado al espanto si el estremecimiento demoníaco hubiese continuado.

Como suele ocurrir, el remezón llegó a su término. Entonces logré que la llave girara y me asomé a la calle: seguían gritando las mujeres, eso sí que con menos vehemencia, como para no callarse de repente. Una de ellas, con un crucifijo entre sus manos se humillaba ante otra vecina a quien ofendió cuando no temblaba. Quería obtener su perdón. En el centro de la calle un grupo de ancianas rezaba en tono agudo. Los maridos cambiaron cortas sentencias. Y los chicos, olvidados del miedo, corrían joviales.

Lamenté no ser conocido del vecindario porque sentía necesidad de hablar, de compartir con alguien las tumultuosas impresiones que me agitaban. Hasta pensé en vestirme y salir en busca de un amigo.

—¡Esto debe ser terremoto en otra parte! —exclamó una anciana.

Me acosté por variar. Sin quererlo, estaba en suspenso, atento al rumor de la tierra, en espera de un nuevo temblor.

Al día siguiente, no bien saliera, encontré mucha animación. En las esquinas se leía el diario en grupos. Al llegar al centro los altavoces clamaban. Un terremoto había volcado ciudades y pueblos del sur. En una ciudad perecieron diez mil. En otra sólo la iglesia quedó en pie. Destruídos estaban los hilos telegráficos, las ferrovías, los teléfonos; los caminos quedaron cortados por anchas grietas.

El sur estaba lleno de veraneantes santiaguinos.

Frente a los altavoces se renovaban las multitudes, silenciosas y empavorecidas. El espacio estaba transido de tristes mensajes: "Luis Muñoz murió", "Juan Pérez deseaba saber de su mujer Melania Guzmán y sus tres hijos", "Pido a mi esposo Pedro Díaz que avise cómo está", "Perecieron sepultados los esposos Pantoja Alvarado con todos sus hijos". "En tal parte se rescataron quince cadáveres", "También pereció el párroco de..." Todo esto envolvía a Santiago en una atmósfera de pesadilla. No había quien no palideciera ante la lista de muertos que se recitaba minuto a minuto.

Fuí a la oficina y me sentí sin ánimos para barajar papeles. Entonces volví a juntarme a la muchedumbre que esperaba nuevas.

Después de almuerzo encontré en mi escritorio una carta de mi mujer. La había traído un aviador que aterrizó en el fundo donde ella estaba.

Ir al sur era casi imposible. Se precisaba salvoconducto. La necesidad me hizo visitar a un compañero de liceo que desempeñaba un alto cargo. El consiguió que un auto de la policía me llevara como agente ficticio. Salimos dos días más tarde, de amanecida.

Después del mediodía entramos a la región devastada: casas, vallados, tapias, árboles centenarios habían sido abatidos. De trecho en trecho grietas de cierta hondura dificultaban el paso. Fué necesario orillarlas, desviarse o hacer prolijos rodeos.

En menos de una hora hasta el polvo de la carretera adquirió un sentido angustioso. Aunque atravesamos muchos caseríos desiertos, en la mañana, sentíamos en la atmósfera algo como una palpitación humana. Dentro de las casas, en las huertas, en los terrenos sembrados, se adivinaba la vida.

Ahora, sin variar de paisaje, la vivienda hundida, la pared deshecha y el silencio apretaban el corazón. En vano el viento, un viento suave, susurraba en las arboledas.

El aspecto de los dos agentes que viajaban conmigo era bastante hermético. Hablaban apenas y parecía que les daba igual cuanto ocurriera. Su desagradable oficio los tenía casi petrificados. Al principio les comuniqué mis dolorosas impresiones, que resbalaron por sus fisonomías. Después consideré mejor callármelas por temor de que me encontraran poco hombre.

Luego fueron apareciendo carretas y vehículos atestados de enseres y muebles rústicos. Por entre las cosas, veíanse cabezas desgreñadas, barbas, rostros pensativos, mujeres arrebozadas. Alguien llevaba en alto una pajarera. En otro carro gruñía un cerdo. A veces asomaba la parte superior de una vihuela. Entre un vehículo y otro, parejas de campesinos con sendos hatillos, mirando al suelo, sin curiosidad por nada, seguían paso a paso, abstraídos.

Solía desaparecer la caravana, apagarse el chirrido de las ruedas y el campo recuperaba su placidez aparente, pero pronto, en un recodo, nos enfrentábamos con los restos hacinados de una habitación, con un álamo caído o con un quiltro perdido que corría hacia el norte.

x x x

De noche llegamos hambrientos, cegados por el polvo, dando tumbos, a la plaza de Cauquenes. Hacía frío, llovía con intermitencias, reinaba la oscuridad, no había ningún hotel ni lugar donde dar satisfacción al cuerpo. Hubimos de pernoctar en el automóvil.

No disponíamos ni siquiera de una manta. ¿Cómo dormir un poco? El frío era cada vez más penetrante y los disparos se dejaban oír desde todas partes. Mientras más avanzaba la noche, arreciaban los estampidos. ¿Por qué después de los terremotos cobra tanta fuerza el latrocinio?

Logré trasponerme un rato antes del amanecer, pero me despertó el hielo del alba. Seguía cayendo una tenue llovizna. La plaza era un hacinamiento de carpas, refugios improvisados, familias que se guarecían bajo un paraguas. Era difícil imaginar algo más penoso.

A duras penas, evitando los escombros, el automóvil se puso en movimiento. La iglesia estaba en tierra. El teatro estaba en tierra. Manzanas enteras formaban un todo de adobes, ladrillos y palos rotos. Las calles estaban borradas. Más adelante, una que otra casa había subsistido sin techo, o con el frontispicio caído o sólo con un par de paredes. Algunos suelos de madera quedaron descontrapesados y el piano con otros muebles estaban suspendidos, y los dormitorios, en el extremo opuesto, se confundían con la cocina.

Después de ir de una calle a otra, durante una hora, sortear montañas de escombros y tener ante los ojos cabezas vendadas, individuos que cojean, llegamos al fundo donde veraneaban los míos. Nos abrazamos sin decir palabra. Habían escapado al derrumbe de la casa sin más quebranto que el pánico. Pernoctaban junto a las ruinas.

Debimos quedarnos una quincena porque los trenes conducían sólo heridos y personas sin recursos.

De día vagábamos por las colinas y los caminos rurales. Solíamos asomarnos al pueblo, a lo que quedó, impulsados por la atracción que ejerce en el espíritu cualquier trastorno.

Ver calamidades no impresionaba, pero sí me conmovió la vista de una gran bodega casi derruída. Contuvo inmensos fudres, rotos ahora, cuyo vino rojo iba empapando el denso polvo de la calle como si fuera sangre.

Por todas partes había viejecitos ensimismados ante las que fueron sus casas, y gente sin rumbo que erraba hasta la noche.

La noche no era muy amena. Desaparecía la luz solar y comenzaban los tiros. Desde nuestro albergue; a una cuadra escasa del Tutuvén, sentíamos cómo se disparaba por el contorno. Más tarde el río era atravesado por caballos y merodeadores. Había que dormir con un solo ojo. ¿Por qué los terremotos ponen en efervescencia los instintos menos poéticos?

x x x

Corre el Tutuvén entre dos colinas doradas. Visto desde lejos tiene color gredoso, ingrato, que no invita a sumergirse en él. Es su defensa. Igual que los hombres que van o vienen por el rulo, silente cumple su destino de irse y permanecer.

De cerca, al borde de sus aguas, el color es transparente y fulgura como una masa de vidrio líquido. El duro sol, que calcina la tierra ondulante del contorno, entibia su caudal. El Tutevén se va, se escurre sin ruido, como los hombres que siembran, ven germinar el trigo, sienten alzarse la mata de garbanzo o crecer, achaparradas, las verdes parras y cosechan y vendimian sin canto ni alharaca, acaso para continuar fieles a la consigna chilena de ser quitados de bulla.

Con todo lo tibio, lo dulce y acogedor que es, parece el Tutuvén un río gastado, porque su cauce es muy hondo y la masa de sus aguas apenas se alza del lecho. A ratos dan ganas de pensar que el sol se lo ha estado bebiendo durante siglos; pero el Tutuvén corre conteniendo la respiración, disimulándose. El vivirá sin quejas ni lamentos el tiempo que le está señalado. A los íntimos les dirá algo y achacará su escaso volumen a los años. Mas, nunca confesará la causa verdadera. En esto observará el mismo principio que el chileno apuñalado: ni al juez ni al policía dará el nombre del hechor, pero de tarde en tarde mejorará el filo de su puñal, y alguna vez —¿cuándo vence el tiempo de la venganza?— devolverá la puñalada con una o dos de llapa.

A trechos, en las altas riberas del Tutuvén, crecen unos pocos álamos. Ellos sí que conversan cuando sopla el viento de travesía. Mayor razón para que el río haga su viaje como un ausente, para que enmudezca como si no fuera río sino piedra.

Empero cuando el sol pega fuerte, y el Tutuvén está embargado por el recelo, algo insinúa, algo da a entender. Uno se acuesta, desnudo, en su fresco y mullido lecho. Allí se queda mucho tiempo. En el cielo juegan unas pocas nubes blanquísimas. En la colina amarillenta pacen las ovejas.

No cansan las aguas del Tutuvén, y la arena, molida durante siglos y atemperada por el sol, también atrae.

Tendido en ella fumo. Sobre mis ojos danzan los colores. Poco a poco soy arena, leña seca, hoja muerta. El silencio adormece mis sentidos.

Pero el Tutuvén no acepta mayor silencio que el suyo. Es en esa circunstancia cuando da a entender parte de lo que le concierne, sin palabras, sin voces, más bien metiendo su embrollo en nuestra cabeza.

Le gusta suponer que uno se pasa mirando la parte alta de sus riberas. Parecería que eso es lo que más le afecta. Su embrollo, si a uno le diera por hacer de intérprete de los ríos, habría que explicarlo con palabras semejantes a estas:

—Sí. Claro es que llegué hasta el pie de esos álamos, pero eso fué antes... Y también, eso sí que en invierno, me di el gusto de hacer mi inundacioncita colina arriba... pero, ¿qué no pasa con el tiempo? Cuando yo era un río indio, un verdadero Tutuvén, estaba en toda mi fuerza y podía hacer muchas niñerías. Entonces no me atravesaban así no más las carretas chanchas, no se acercaban las ovejas ni los quiltros... (Y a todo esto ni una palabra sobre el sol, como si no fuera cierto que se lo está bebiendo desde hace siglos). Pero uno pierde la fuerza. Además, tuve que hacerme chileno cuando ya era viejo. Créame que no me ha ido mejor. Cierto que entre indio y chileno no hay mucha diferencia, pero es un cambio... He ido bajando sin bulla. Además, me digo: ¿qué tanto queda por ver? Siempre son las mismas parras, el trigo, los garbanzos, la lenteja y su poco de huerta. Para esto todavía sirvo. Allí me llevan en gamelas, en barriles, y crecen, a su debido tiempo, la cebolla, el tomate, la lechuga y todas esas frioleras gratas a la gente.

Uno envejece, pierde fuerza, se encoje. Sin embargo, mientras alienta no desaparece la posibilidad de ayudar. Ahí tiene los árboles: Si están verdes, dan sombra, amén de otros bienes menos preciosos, y muertos, o secos, calientan al ser humano, qué sé yo. Ahora vienen aquí muchas mujeres. Se arremangan sus faldas hasta la cintura y lavan. Cuando era caudaloso no habrían podido hacerlo. Hablan de que en otra agua no queda la ropa tan blanca. Debe ser pura habladuría... pero siempre se está hablando. Los hombres vienen más raramente. Tal vez les detiene el cuento de que se casa con cauquenina el que se moja en mis aguas.

Y el Tutuvén continúa su monólogo.

A media colina Carmen grita:

—¡Que vengan a tomar once! ¡Están servidas!

x x x

Los hombres, que viven cerca o distante del Tutuvén, son enjutos. El sol los consume y envejece. Andan lentamente. Apenas si cantan, pero ellos dominan el campo e imponen su paciente voluntad al rulo. Un año y otro siembran, cosechan y vuelven a sembrar, aunque el provecho vaya a manos de hombres que viven en las ciudades. Mueren unos, y otros toman la pala, conducen la carreta o llevan el arado. Es así la ley de la tierra.

Los hacendados suelen sentirse presas del hastío y abandonan las rubias colinas. Eso no deja de repercutir en el campo, porque cesa la creación y el trabajo languidece, pero el pobre no tiene tiempo de aburrirse, aunque realice sus faenas a lentos pasos. La tierra les infiltra la fidelidad, la consecuencia, les da un sentido de adhesión no razonada.

Si sobreviene un cataclismo, pongamos por caso el terremoto, es seguro que no se alegrarán, pero tampoco se arrancarán los cabellos ni los embargará el llanto. Mirarán los escombros, buscarán herramientas y comenzarán a despejar el terreno pensando en que el viento y la lluvia no son invenciones. Es posible que sientan de rebote un silencioso alborozo porque podrán levantar la nueva casa en el sitio preciso.

Frente a las ruinas, los hombres del Tutuvén exclamarán:

—¡Bueno con el temblorcito!

Y comenzarán a reunir los palos no dañados, irán apartando los terrones, las tejuelas intactas y salvando cuanto pueda servir en la nueva casa. Es previsible que también digan:

—¡Harto había durado la pobre!

Así quitan prestigio al terremoto y terminan por convencerse de que las habitaciones cayeron por una razón misteriosa, barruntada de antes por ellos. Así el cauquenino y los chilenos de otras partes hacen frente a la tragedia. Cuando la han dominado, o cuando han medido la extensión del desastre, expresan su opinión:

—¡Bien mirado, se puede decir que no es para tanto!

Ese juicio es su respuesta a las mujeres trajedizantes. Y el siguiente cierra todos los labios:

—¿No habría sido peor morirse?

Los hombres del Tutuvén, sin confesarlo, dan a los elementos, a los más desconcertantes fenómenos telúricos, ciertos atributos humanos. Les suponen conciencia, les atribuyen voluntad.

Quizá si para ellos el nombre Terremoto corresponde al ser desmesurado que produjo la caída de tantas casas y la muerte de tantas personas. Al disminuir el efecto de sus devastaciones pretenden más bien desilusionarlo (tienen la certeza de que el ser terremoto está en reposo, plegado, mimetizado, en cualquier inmensa hondonada), infiltrarle el convencimiento de que eso, el espantoso remezón, es

vano, porque ellos vuelven a levantar las casas, a cubrir las aberturas de la tierra y a reemplazar a los que murieron, de modo que su persistente tendencia a mostrarse impasibles ante los azotes es una estratagema para engañar a quienes los producen.

Poco después del terremoto, se oían estos breves y eufemísticos diálogos. (Varias casas han comenzado a levantarse. Suena el martillo por aquí, por allá, en todas partes):

—¿Así es que nos embromamos del todo? —dice un hombre que se ha detenido con una carretilla.

—¡Así fué no más! ¡Nos llegó al mate!

Y el del tijeral sigue dando martillazos y el otro empuja la carretilla. Han cambiado estas palabras para comprobar que conservan la voz, pero no creen haberse embromado del todo, porque uno tiene aliento para asestar martillazos y el otro va a tiempo para recoger el maíz, que está botado en el campo.

Otro se detiene más allá y dice:

—¡Bueno con la mortandad grande que hubo!

—¡Es que Dios no querría que fuéramos tantos! Es la respuesta. Y los martillos se embravecen en los clavos.

Más lejos, dos gañanes que retiran escombros en carretas chanchas, cuya capacidad apenas es de un metro cúbico, reflexionan ante una muralla ladeada:

—¡Esta caerá para el nuevo terremoto!

Y toman las palas y van llenando la carreta. Es posible que en diez años dejen la ciudad despejada.

Los hombres del Tutuvén, aunque carecen de movilidad facial, en secreto, viven alertas, dispuestos a cualquier mala contingencia. Y cuando el hecho ocurre, más que al lamento, tienden a inventariar cuanto se ha salvado. Entonces expresan con modestia su admiración por estar vivos y porque el hecho no haya sido peor.

La tierra permanece. Lo que sobre ella levantan puede caer, puede volver al polvo. Pero el polvo permanece y fructifica. Su actitud, si fatalista, es activa. Dentro de cualquier ritmo vuelven a la vida diaria, reconstruyen sus mil intereses, adquieren el sentido de totalidad, en fin, hasta tienen algo más fresco que poner en sus pláticas.

Con ese espíritu ¿qué podrá vencer a los hombres del Tutuvén?

Marzo 1940-45.

Otro Premio Nacional

(En *El Tiempo* de Bogotá. 22 de junio de 1950).

José Santos González Vera es uno de los hombres más silenciosos, modestos, acuciosos y finos que conozco en Chile. Ilumina su rostro una frecuente sonrisa. Aun cuando a menudo suele ser irónico, la sonrisa aquella es tan sin acritud, que uno debe pensar varias veces lo escuchado para decidir si fué o es irónico.

J. S. G. V. ha publicado dos volúmenes: *Vidas Mínimas* y *Alhué*. Otrora le reprochaban la satisfacción con que describía la existencia de los hombres oscuros. "Carece de emoción social" oí opinar. Puede ser: no se dirá que carece de emoción estética.

Vidas mínimas es un librito que data de 1922. Narra la existencia en un conventillo, es decir, en una casa de vecindad pobre. Sus protagonistas discurren apaciblemente. Ninguno hace el elogio de la pobreza; ninguno la vitupera. Sería necio esperarlo cuando dicen tan lindas cosas. El cielo, aunque fosco, se torna sereno bajo la pluma del narrador. Pluma de pelo de marta, diríase, aplicando a la pluma lo que conviene al pincel. El autor acaricia sus escenas y personajes, eliminando innecesarios relieves. Hay cierto prurito de miniaturista en quien con tanta agudeza penetra en el alma de los humildes. Una mezcla especialísima de Maupassant, Rodenbach, Coppee y Kempis brinda tal resultado, sin que sea forzoso que el autor haya pensado, siquiera, una vez, en dichos autores.

Alhué es el relato de la vida de una aldea. Los tipos del pueblo desfilan llenos de savia, pero sin estridencias. Nadie trata de sobrepasar al otro. Circulan mostrando sus almas, sin dobleces. O cuando los hay, el autor se da maña para hacer lisa la arruga, fácil el obstáculo, musical el estruendo, matiz el colorido detonante.

Aparte de estas dos obras, González Vera ha publicado croquis de personas reales o imaginarias, críticas a obras, descripciones de paisajes. Toda su producción en tono menor. Se advierte una maestría ejemplar en la forma como elimina las disonancias. Cierne sus escenas hasta que no quede escoria. Polvo fino todo, polvo finísimo, arcilla ideal de alfarería muy suya.

A tal escritor le ha llovido el Premio Nacional de Literatura de Chile. Nadie lo habría anunciado, pues sonaban otros candidatos. González Vera ha recibido el galardón casi con una queja: "No podré pasar inadvertido", ha dicho, y agregó: "Naturalmente siempre seguiré siendo anarquista".

No se asuste el lector. El "anarquismo" de González Vera no pasa de ser una especie de evangélico anarquismo de principios de siglo, el tolstoyano propósito de hacer su vida, no admitir órdenes ajenas, no pretender imponer la propia jerarquía y hacer la vida que le viene en gana. Como que, a semejanza de Eduardo Barrios, otro premio nacional chileno, José Santos González Vera, ha sido pintor, bodeguero, corrector de pruebas, comisionista, agitador, empleado, maestro, viajero hasta anclar suavemente en las playas de la Universidad de Chile.

Ya dicen los comentarios que las obras de González Vera se convertirán en "best sellers", o sea en grandes ventas. Discrepo. O quizás, sí: se venderán mucho, pero se leerán poco. El suyo es arte de selección. Por algo el jurado ha dicho a la prensa su confianza en el acierto de premiar la calidad sobre la cantidad, sin que haya pleito pendiente entre ambas.

Digno premio a digno autor. Con éste son ya nueve los escritores chilenos que han recibido el apetecido y suculento galardón: D'Halmar, Edwards Bello, Latorre, Neruda, Barrios, Cruchaga Santa María, Lillo, Prado y González Vera. Todo está muy en su sitio. Todo está muy bien. Mas, ¿no es cierto, lector, que se extraña en tal nómina el nombre de Gabriela Mistral? Anduviese ella inserta y todo sería cabal. Absolutamente cabal.

Luis Alberto SANCHEZ.

Santiago, junio.

Algo sobre González Vera

(Como anticipo del próximo Nº 55 de *Babel*, en Santiago de Chile).

(En *Rep. Amer.*)

Uno de los chilenos más cargados de chilenidad en sus temas y, a la vez, uno de los chilenos más liberados del espíritu y de la letra locales, criollos.

Esta plausible emancipación de lo lugareño en técnica la debemos a sus copiosas y cualitativas lecturas. Desde los veinte años, González Vera leyó con un agudo espíritu de selección, al revés de la generación mía que leía *de todo*, al azar y desorientada.

Por la saludable sequedad de su lengua y por su repugnancia del lugar común y del sentimentalismo sacarino de nosotros, González Vera fué desde sus primeras páginas un prosista no destinado a la popularidad y eso sigue siendo todavía.

Hay que agradecerle, entre los demás bienes que nos ha dado, su repulsa del sentimentalismo barato y el rigor de su prosa, nunca cargada de abalorios ni de lágrimas *dulces* (porque hay el llanto corto y acre de los rebeldes y hay el lagrimeo blando y largo de los otros...)

Se premia en él algo nada popular y nada criollo; un alma inconforme, una acerada mente crítica, un testigo de ojos muy claros respecto de la vida local.

Estoy contando sobre todo "al hombre González Vera" porque no tengo ninguna capacidad técnica de crítico.

Casi todos los rebeldes resultan antipáticos a la masa lectora y a veces también a la masa juzgadora. Se los mira como casos de acidez estomacal; la agriura suya encoge la lengua del catador. Pero tales gentes atacan en las rajas lo pútrido lo mismo que el limón combate las infecciones.

Precioso me parece siempre el ojo desnudador y corrector del hombre González Vera, precioso no en el sentido de la fea palabra preciosismo, sino en el de ojo ayudador de nuestras miopías o astigmatismos. Tengo tal virtud como un servicio civil, de alta civilidad. A la Patria se la sirve de varias maneras, de todas maneras, menos con el modo adulador e infantil del chovinista "convencionanciero". González Vera siempre tuvo la náusea del halagador de multitudes.

Bien dado está ese Premio "Nacional". Porque la Nación, como todo cuerpo sano, necesita de vigilantes, de críticos, lo cual comprende a la gente de escalpelo.

Mucho le agradezco yo, su lectora, el ri-

gor austero de su estilo, que nació en su primera página escrita y que dura hasta hoy.

Tiene la chilenidad desde hace mucho fama de austeridad en la palabra. Hay que decir que esta excelente reputación ha sido un poco abultada. La superabundancia aflora bastante entre nosotros. Con lo cual bien podemos colocar la escritura de nuestro González Vera como aferrada a una virtud racial que está desbaratándose en la poesía y hasta en la prosa.

Va al amigo de treinta años un apretón de manos fuerte y fiel en el día de justicia y de gozo que al fin llegó a su casa. Entre sus virtudes viriles él tiene la de la amistad y la que me dió siempre es de las mejores entre las que se me han dado en este mundo.

Sentada estoy frente a él en su día de justicia, como en mis años de Temuco, con el tiempo anulado y sin el estropeo que hace en las almas.

Gabriela MISTRAL.

El "Maharishi" ha muerto

Por el Dr. *Juan MARIN*
(En *Rep. Amer.*)

El más grande santo de la India moderna, el Guru Dakhshinamurti, más conocido por el nombre de Sri Ramana Maharishi o simplemente "El Maharishi", ha muerto. Su espíritu ha entrado en el "Maha-Nirvana" y ello es como si una gran luz se hubiera apagado sobre la India mística y sobre todo el mundo espiritualista y religioso de nuestros días. Hace algún tiempo escribimos sobre él un artículo ("Visita al legendario Maharishi", revista *Pro-Arte*, 11 noviembre 1949, Santiago de Chile), que mereció el honor de ser re-publicado en incontables periódicos de América y traducido a varias lenguas extranjeras, un artículo "que dió la vuelta al mundo", no seguramente por sus méritos sino por su tema. En él narrábamos nuestras impresiones experimentadas frente a la poderosa y excelsa personalidad del gran "yogi" de Tiruvanamalai y exponíamos los puntos más salientes de su doctrina. Hablábamos también de su vida terrena y del simbolismo de su existencia material en relación con las fuerzas materiales en que él siempre se movió.

Hombres excepcionales hemos visto muchos en nuestras andanzas por el mundo "ancho y ajeno" que decía Ciro Alegría, hombres de todos los tipos, razas, sectas e ideologías. Pero ninguno, ciertamente, ha producido en nosotros un impacto más hondo que el asceta de la India del Sur, reverenciado por millones de seres como una encarnación divina, como un celeste avatar y respetado por intelectuales de la calidad de Aldous Huxley, C. G. Jung, S. Maugham, Paul Brunton y tantos otros, como uno de los más altos y perfectos exponentes del género humano.

La mirada del Maharishi, sus ojos enormes, negros y profundos hoy ya cerrados para siempre, son el fenómeno más cercano de lo "divino" o "sobrehumano" que jamás hayamos experimentado, ojos que penetraban sin herir, que escrutaban consolando, que leían comprendiendo, que esclarecían alumbrando. Nacido en Tiruchuzi, el 3 de diciembre de 1879, el futuro "Bhagavan" fué desde niño un temperamento místico con todos los estigmas de la santidad claramente marcados en su carácter. Sus años escolares no pueden considerarse como brillantes: el muchachuelo caía frecuentemente en éxtasis místicos o pasaba en un continuo estado de estupor y *reverie*, ajeno completamente al mundo que lo rodeaba, a sus compañeros, maestros y aun familiares. Vivía "vuelto hacia dentro", monologando consigo mismo o, con los párpados entornados en aparente sueño o letargia.

Desde su infancia había, sin embargo, un nombre que siempre estaba en sus labios: Arunachalam o Arunagiri, la montaña sagrada de Tiruvanamalai que es tenida por emblema y personificación misma de Siva. Interrogado en cierta ocasión sobre quién era su padre, respondió: Aruchanalam. Y preguntado en múltiples ocasiones de dónde venía o cuál era su lugar de origen, siempre respondió: Arunachalam. A los 16 años emprendió, solo, la ruta hacia el Monte Aruchanalam y se incorporó al Templo Meenashki (esposa de Siva, llamada "la de Ojos de Pescado), rasurándose el cabello y vistiendo la larga túnica blanca de un "sanyasin". Allí, a poco de llegar, sintió que el momento de su muerte se acercaba y así lo anunció a los prestes del Templo; alguien que presenció este espectáculo ha escrito que "fué como un ensayo general de la muerte" individual: el joven preste cayó en trance magno y se formularon preguntas y respuestas acerca de lo que somos y lo que no somos, sobre vida y muerte, cuerpo y espíritu, dios y hombre, etc. Todo lo que allí dijo —y que parecía venir de un mundo extraordinariamente lejano— dejó atónitos a los brahmanes y pandits del Templo.

Apedreado por los ignorantes del villorrio, satirizado y mofado por algunos, el niño se refugió en una pequeña caverna del Monte Sacro y allí fué encontrado, meses después, con grandes partes de su cuerpo devorado por gusanos, escorpiones y avispas, macerado y ayunante, pero en un estado de paz y alegría espiritual que nunca más habría de abandonarlo. En verdad, el muchacho no sabía si estaba vivo o estaba muerto, todo el valor artificial de las leyes de causalidad, los cómos y los por qués, los cuándo y los quién habían desaparecido de su memoria. Su madre decidió venir entonces a instalarse al lado suyo y vistió el hábito de una "Sanyasini". A los 21 años escribió, o mejor dicho dictó a un discípulo, en una sola noche, aquel libreto *¿Quién soy?*, sobre el cual hemos hablado largamente en ocasión anterior y cuyas páginas contienen verdades filosóficas y fisiológicas tan hondas que producen vértigo en una primera lectura. Allí es donde el Maharishi dice: "Cuando la Mente es absorbida en la Pura Luz de la Conciencia, el mundo cesa de aparecer como una realidad. No existe cosa tal como el llamado "mundo físico" separado o independiente del pensamiento: así como la araña saca de sí el hilo de su tela y lo recoge de nuevo dentro de ella misma a voluntad, así la Mente proyecta el Mundo fuera de ella y puede absorberlo de nuevo si lo desea".

Desde esos años ya fué considerado como un "Guru" excepcional, un "Rishi" ("Maha-Rishi", o sea "Gran Sabio"), la encarnación misma de la sabiduría Védica, la materialización de la verdad "advaitica", el más grande vidente de los tiempos modernos. Discípulos empezaron a congregarse en torno suyo constituyendo los cimientos de su "Ashram" de Tiruvanamalai: donde quiera que él estuviese, fué estimado como lugar sagrado y sitio de peregrinaje. Discípulos, intelectuales, escritores, médicos y simples turistas han venido durante los últimos 30 años a estudiar el extraño fenómeno de su personalidad y sus extraordinarios poderes sobrenaturales. Todos hemos salido de allí profundamente impresionados moralmente. Y también en el orden material. Un médico amigo nuestro, que vino desde El Cairo a pasar unas semanas en el "Ashram" nos ha escrito a su regreso a Egipto que todas las fotografías que tomó del santo durante su estada junto a él, "salieron en blanco", es decir, su film no recogió impresión ninguna corporal del Yogi. ¿Quiere decir esto que él ya estaba desmaterializado? Nuestro amigo, perplejo, se formula esta pregunta, pues el resto de las fotos tomadas con su máquina salieron perfectamente bien.

El Maharishi no pertenecía a ninguna secta: su doctrina era la filosofía básica hindú, la ciencia de los Vedas y los Upanishads, la enseñanza que los arcaicos "Rishis" aryos trajeron a India cuando descendieron del Asia Central siguiendo los valles de los Cinco Ríos (Punjab). En síntesis, él decía: "Hay que encontrar primero lo que es uno y entonces se encuentra el camino de Dios, pues Dios está en nosotros mismos y en ninguna otra parte". Para esto es necesario abatir las barreras artificiales que nos separan de nuestro "ser interno", de nuestra alma; una vez conseguido esto, toda nuestra existencia cobra un nuevo sentido pues nos damos cuenta de la "irrealidad del mundo". Así encontramos la paz suprema. Sin haber estudiado en ningún libro, su palabra estaba impregnada de ciencia y de sabiduría: es el caso de conocimiento por "revelación". Pero, no es nuestro propósito ahora extendernos sobre su filosofía sino más bien evocar su persona cautivante, de la cual un poeta hindú escribió:

Un rostro inmóvil y quieto como un cielo
[azul y sin nubes,
unos ojos brillantes como estrellas que
[irradian bendición,
santidad nacida de una fuente que está más
[allá de nuestro entendimiento,
mensajero de Dios en esta época...
(Traducción del hindú).

Un cáncer —un sarcoma del brazo cuatro veces operado en contra de su voluntad— ha puesto fin a la vida material de uno de los hombres que más significación han tenido en la unidad espiritual de la India de hoy. Su muerte será llorada, como la del Mahatma Gandhi, por millones de seres que veían en él un guía y un sostén espiritual. Y algunos también un dios, pues la divinización del Maharishi comenzó hace años, sin esperar su muerte, al revés del caso de Gandhi. El ha muerto en función de divinidad. Murió anoche, a las 8.45 p. m., en los mismos momentos en que nosotros exponíamos ante un grupo de amigos, en Delhi, las enseñanzas que recibimos de sus labios y el baño de luz y de paz que nos brindó su mirada. Y cuando uno de esos amigos nos anunciaba su propósito de partir, en el futuro inmediato, para visitar al santo de Tiruvanamalai, para gran sorpresa suya le dijimos esta frase que salió de nuestros labios sin que sepamos, hasta ahora, por qué: "—Será tarde, porque el Maharishi ha muerto!" No busquemos explicaciones a lo que no podemos entender, pues muchas más son las cosas que ignoramos que las que conocemos. Y la lección que la India mística nos enseña es una lección de humildad intelectual y de receptividad a todas las voces con que habla el Espíritu.

New Delhi, 15 de abril 1950.

ARGENTINA CREADORA

Refugio de paz y trabajo de Francisco Romero

Por *Salvador* CAÑAS

(En *Rep. Amer.*)

Veinte minutos de tren de Buenos Aires a Martínez. Esta última es una pintoresca población. En ella reside el filósofo Francisco Romero.

En la inauguración del Colegio Libre de Estudios Superiores, tuve el honor de ser atentamente invitado por él, para que departiésemos en su casa, situada en el lugar de referencia.

Un sábado, acompañado por el doctor Juan Mantovani, visité a Francisco Romero. Ojalá no se tome a petulancia mía el que diga así: Francisco Romero. ¿Acaso existe un epíteto lo suficientemente sintético y expresivo para calificar a un hombre que es cima del pensamiento americano? Ni siquiera don Francisco debe decírsele. Recuerdo que a don Alberto más le placía que le llamasen Masferrer. "El Don —opinaba— siento que me distancia de los demás". Y tenía razón el pensador de América.

Cordialmente me recibió el filósofo argentino. Después del saludo, pasamos a un predio, donde circulaba una brisa de terciopelo. Se inició la charla en un clima amigable. Me expreso en esta forma, porque yo, siendo el menor en talla intelectual, no sentí durante el tiempo que estuve a su lado, el más leve signo de superioridad. Manifesté a Francisco Romero que en Centro América se admira su obra. Que en El Salvador, desde luego. Agradeció el concepto, agregando que en el suplemento literario de *El Diario de Hoy*, le habían reproducido algunos trabajos suyos. El doctor Mantovani dijo que cuando él permaneció allí con motivo de la Jornada Universitaria, el doctor Sarbelio Navarrete habíale hablado de las obras filosóficas de Romero, en términos elogiosos. Minutos después me pidió éste la nueva dirección del doctor Navarrete, para enviarle las últimamente publicadas.

Su gabinete de trabajo queda en el segundo piso. Impresionan de golpe los estantes repletos de libros y revistas. Unos adquiridos por él y otros enviados por grandes filósofos de América y de Europa. En un mueble, especial y cómodo, a manera de cajón, guarda los originales de su próximo libro a salir, titulado *La teoría del Hombre*, y hojas con apuntes y datos importantes. Como el doctor Romero es el encargado de la Sección Filosófica de la Editorial Losada, me di cuenta que bajo su sapiente dirección se han publicado más de 60 volúmenes. Antes dirigió la parte intelectual de la revista *Realidad*, que no aparece ya.

En cuanto lo creí oportuno recabé su opinión acerca de la conveniencia de introducir los Elementos de la Filosofía en los Programas de Enseñanza Secundaria, principalmente para los estudiantes de 5º curso de C. C. y L. L. Contestó que era de indiscutible utilidad hacerlo, porque necesitan los rudimentos de esa materia, para emprender con éxito los estudios de cualquier profesión con alguna base filosófica. "A veces el muchacho le teme a esta disciplina; en tal caso, los maestros deben viabilizar los métodos de la enseñanza de la Filosofía, para obtener buen resultado". Sin presunción de mi parte, añadí: "En periódicos de mi país, El Salvador, he externado el criterio de que es necesario el conocimiento de aquella ciencia, en su fase elemental para dichos estudiantes, porque están ellos frente a sucesos de gran magnitud en el campo social-político, y que, por lo tanto, deben adoptar la posición dictada y dirigida por un claro sentido de esas cosas; ya se ha lamentado la



Francisco Romero
(Dibujo de *Duhart*).

circunstancia de los que se mataron en flor en aquel campo por no poseer los sólidos principios de una ética política". Francisco Romero, que no sólo especula y teoriza, sino que también practica y vive lo que expone, respondió: "Porque después de las luchas por la vigencia de las ideas y doctrinas salvadoras del hombre en su integridad moral, lo único que prevalece y se impone a todo y a todos, es la conducta recta, es el superar el estado biológico para ser libre y entero". El maestro se iluminó al expresar este pensamiento. Su saber, su angustia, están al servicio de una Argentina grande, creadora, y de una América resuelta a significarse como verdad histórica y cultural. Francisco Romero, ya en la cátedra, ya en la tribuna, ya en el periódico o revista, ya en el libro, ha contribuído a la solución de las incógnitas del hombre, para responsabilizarlo en la hora presente y futura. El acerbo de ciencia o el fondo de bondad, a las veces no sitúa bien a éste ante sus propios problemas y ante los problemas de la colectividad, porque carece de un hondo pensamiento filosófico.

Le di la noticia de que la Universidad Autónoma de El Salvador, contaba ya con la Facultad de Humanidades. Le complació esta noticia, porque conoce la importancia de la misma en el desarrollo intelectual de un país. "Habíase tardado su fundación por circunstancias invencibles en aquella época" —agregué. Le contentó, además, porque hasta los países pequeños, como el nuestro, están realizando su destino, validos de otros procedimientos, o sean los de la comprensión y los de la solidaridad en los comunes ideales y necesidades. América trascendió la época guerrera; pero vive todavía la época literaria en su aspecto formalista. Llegará lógicamente para ella, ya se advierten los signos halagadores, la de la plenitud en las ideas y en la acción. Es decir, lo que Francisco Romero sueña para el hombre, se aspira también para la comunidad: "Superar el estado biológico". Las guerras entre pueblos vecinos, cualquiera la causa, constituían una deplorable disminución en el organismo colectivo.

Al despedirme del filósofo argentino me entregó dos ejemplares de su *Tratado de Lógica*: uno para la Facultad de Humanidades y otro para el Colegio "García Flamenco". A mí, en lo personal, un retrato de tamaño regular de Alejandro Korn. Valiosísimo obsequio por cierto.

Siento aún la irradiante fuerza mental de Francisco Romero. Frente a este hombre sencillo y grande en la abstracción y en la vida, se comprende diamantinamente que existe y existirá siempre una pugna entre lo terrenal y bronco y lo radioso y verdadero. Sobre todo, en estos momentos de negación o subversión de los principios sustantivos, acentúase la lucha por reconquistar los mundos del espíritu creador.

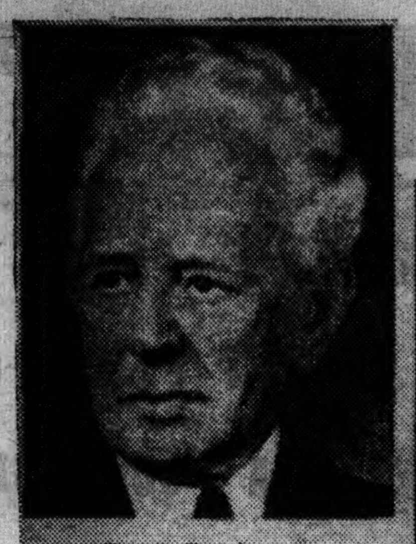
Buenos Aires. 1950.

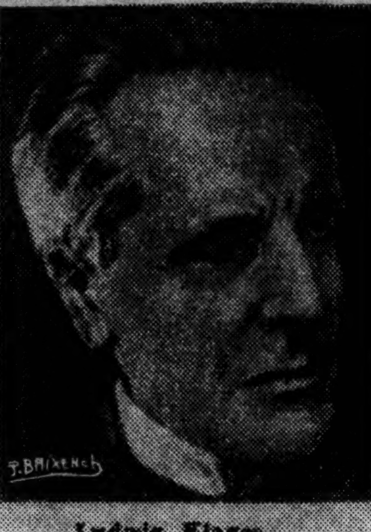


Por *Lorenzo Rafael Gómez*
México, D. F.

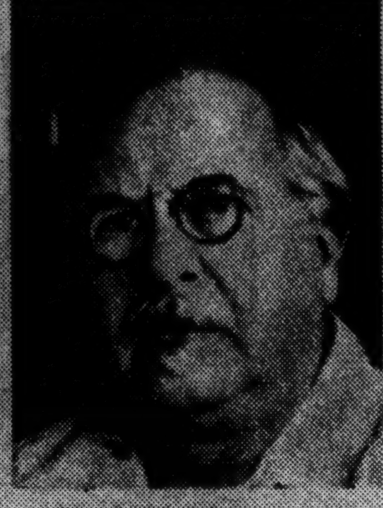
Miradas sobre el Hombre

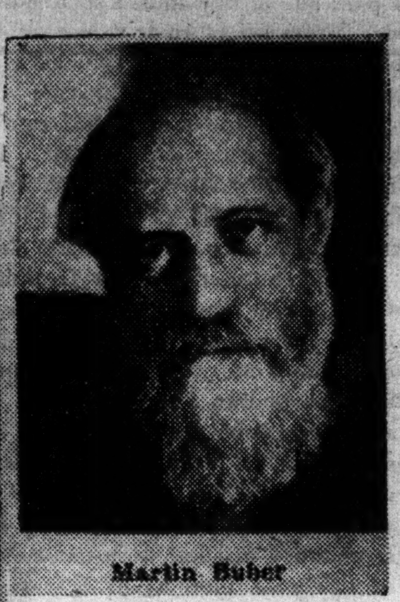
Por *Francisco ROMERO*
(En *La Nación*. Buenos Aires, 21 de mayo de 1950).
(En *Rep. Amer.*)


Ernst Cassirer



Ludwig Klages


Constantin Brunner


Martin Buber

Nadie ignora ya que la preocupación por el hombre ocupa un lugar de preferencia en la filosofía de nuestro tiempo. El hombre se ha problematizado a sí mismo como nunca lo había hecho, ha convertido su propio ser en un tema de reflexión persistente. La denominación "antropología filosófica" se aplica en la actualidad a una sección de la bibliografía que aumenta cada día y suscita creciente atención. Sería ingenuidad de grueso calibre suponer que el asunto es nuevo; el tema del hombre nunca ha estado, nunca hubiera podido estar, ausente de la filosofía: en muchas ocasiones la filosofía no ha sido sino una meditación sobre el hombre. Pero, según he indicado otras veces, la aparición de una designación nueva, cuando se difunde y tiende a generalizarse e imponerse, denuncia un nuevo cariz en el planteo o una proyección distinta del interés. Lo que la situación presente parece exigir a la filosofía es una definición precisa y concreta del hombre, una especificación neta de su puesto en el conjunto y del sentido de su vida, de acuerdo con los resultados más firmes del pensamiento y de la experiencia psicológica e histórica; en suma, una noción del hombre más recortada, exhaustiva y terminante que las proporcionadas hasta ahora. Antes, el material antropológico se diluía en amplias averiguaciones sobre el conocimiento, la eticidad, etc. Ahora, polarizado el interés, menudean las dilucidaciones en las que todo eso no concurre sino en la medida indispensable para responder a la pregunta: ¿qué es el hombre? No sólo la teorización de lo humano ha sido ocupación constante de los filósofos, sino que la misma palabra "antropología", aparece en ellos, aquí y allá, desde el siglo XVI; pero la urgencia de una determinación rigurosa y compacta del ser del hombre es rasgo diferencial de nuestra época, y es eso lo que destaca con un poderoso subrayado lo que se ha dado en llamar "antropología filosófica".

Todo conocer es juzgar, pero si el juzgar se limita, para muchos asuntos del conocimiento, al mero juzgar que algo es o no es, que es de este modo o del otro, la averiguación sobre el hombre no se puede contentar con estos juicios, porque la existencia humana es inseparable de las cuestiones de dignidad y de sentido, y el juzgar sobre el ser del hombre pasa a ser de inmediato una discusión de fines y valores morales. Para muchos otros asuntos se mantiene la fría actitud del investigador que persigue imparcialmente la solución del problema. Cuando se trata del hombre, el indagador es al mismo tiempo el asunto de la indagación, y también juez y parte, y no busca solamente una respuesta sobre la realidad o la existencia, sino también sobre validez y destino. De aquí un tono con frecuencia militante y apasionado, y la ingerencia, según los casos y las propensiones individuales, de una voluntad de afirmar o de negar que suele pasar por encima de cualquier recaudo teórico. Uno de los motivos que complican el complicadísimo problema humano es precisamente éste. Porque aquí el querer ser es una dimensión del ser, y no sería lícito ni juicioso excluir el peso de esos movimientos afirmativos o negativos, expresiones de experiencias íntimas que son partes —acaso esenciales — de la realidad humana. Afirmar, por ejemplo, que el hombre posee un sentido, que es dueño de un destino, es manifestar una voluntad de sentido y de destino. A veces la correlativa negación suena a la queja porque esa aspiración al sentido o al destino fracasa o no se cumple en los términos anhelados, con lo cual, si bien de modo indirecto, viene a quedar registrada una experiencia íntima semejante. En toda teorización sobre el hombre hay mucho de testimonio y aun de autoconfesión. La dificultad más grave proviene de que el balance de los diversos puntos de vista no puede establecerse por sumas y restas de cantidades consignadas explícitamente, mediante el cómputo y justiprecio de un activo y un pasivo anotados en cifras inequívocas. Por el contrario, muchas constancias son confusas y equívocas, y no es raro que la significación profunda de una aseveración sea todo lo contrario de lo que pretende significar. La interpretación de todo lo que se ha venido sosteniendo sobre el hombre en los últimos tiempos sería sobremanera aclaratoria e instructiva, pero no es tarea sencilla; requerirá esfuerzos, luces no comunes y ecuanimidad, y ha de tardar porque quienes pudieran afrontarla se encuentran "comprometidos", enrolados en una dirección determinada.

Para mostrar las dificultades de una comprensión comparativa y de conjunto de los puntos de vista sobre el hombre, recordemos las sinuosidades y diversificaciones de una de las líneas antropológicas, la que pretende "naturalizar" al hombre. Ya Hobbes llevó muy adelante esta naturalización, con la reducción de todo deber ser al mero ser, del derecho al hecho, del orden jurídico a una serie de recursos mediante los cuales el lobo humano se precave contra sí mismo para no perecer. El triunfo del transformismo darwiniano permite, durante toda la segunda mitad del siglo pasado, el desarrollo de una antropología biológica que se prolonga en una teoría completa de la cultura. El impulso del transformismo lo traslada Nietzsche al campo de la especulación, poniendo en el centro de su antropología las nociones de vida y de devenir; exacerbación vital contra todo lo que en el hombre se le imagina contrapuesto a la vida, y proyección desaforada del presente hacia el futuro. La descendencia de Nietzsche es varia y a veces la filiación no es muy pura, porque interfieren otras motivaciones; pero con él queda formalizada la oposición entre vida y espíritu. La polémica contra el espíritu se dilata en las cuantiosas teorizaciones de Klages, en su oposición entre alma y espíritu, y se aguza en las terminantes afirmaciones de Spengler: el hombre es un animal de rapiña. Para Teodoro Lessing, el animal de rapiña es el occidental. La herencia de Nietzsche se administra en este autor en forma muy peculiar: el espíritu y todo el nefasto afán activista son cosas del Occidente, mientras que la feliz naturalidad, la entrega leal a la vida, ocurren en el Oriente. Lo que para el Oriente, para su más eminente cultura sobre todo, se interpreta de ordinario como renuncia a lo vital y aspiración a la nada, es para Lessing una dichosa conformidad con la vida, un sano naturalismo vital del cual se ha apartado perversamente el Occidente. Un naturalismo de otro tipo representa Bergmann: nuestra civilización no es sino un proceso de errores y calamidades, y la causa es una sola: el principio femenino, el espíritu maternal ha sido excluído de las funciones sociales de organización y gobierno, que a él únicamente conciernen por mandato de la naturaleza, vencido y suplantado desde fechas remotas por el principio masculino, por el espíritu de conocimiento, de búsqueda y de inquietud propio del varón, incapaz de fundar y dirigir la sociedad en manera sólida y pacífica. En tanto que, según las conocidas opiniones de Weininger, la femineidad es un ingrediente que ha de ser superado y ne-

gado para que la humanidad se acendre y purifique. Bergmann ve en lo femenino la única posibilidad de salvación, y denuncia el masculinismo imperante en la civilización como un elemento antinatural que ha de conducir irremisiblemente a un desastre definitivo. La oposición entre vida y espíritu, con diversidad de matices y componentes, es visible en todas estas posiciones. Puesta aparte la porción de verdad que puedan contener, lo más fecundo en la aportación nietzscheana parece ser que ha inspirado, de rechazo, un nuevo arreglo de cuentas entre vida y espíritu: las teorizaciones de lo espiritual no podrán desentenderse en adelante del hecho formidable de la vida. Entre las anteriores doctrinas del espíritu, como la de un Hegel, donde el conflicto entre lo vital y lo espiritual apenas cuenta, y las recientes de Nicolai Hartmann y Scheler, se intercala Nietzsche con su fervorosa apología de la vida. Si nos vamos aproximando a mayores precisiones sobre lo espiritual, sobre su significación y lugar en el todo, a él se lo debemos, porque, después de su vigorosa impugnación, ha resultado obligatorio hilar más delgado y tomar en cuenta instancias desatendidas antes; aquí, como sucede más veces de lo que se piensa, el adversario se convierte en un colaborador.

Aunque aquella interpretación de conjunto y en profundidad, a que me refiero más arriba, tropiece de momento con serios obstáculos, las recapitulaciones sin más pretensiones que las de la información serán de utilidad para quienes se interesen por el asunto. En México han aparecido unos cuantos trabajos de mérito. José Gaos ha recogido en volumen cinco conferencias donde, con la sorprendente prodigalidad de ideas que es habitual en él, examina dos aspectos de lo humano que considera esenciales *(2 Exclusivas del hombre: la mano y el tiempo*, 1945). Oswaldo Robles, en su *Esquema de antropología filosófica* (1942), reitera el planteo neotomista, poniendo a contribución copiosos materiales de la ciencia contemporánea y en confrontación con la marcha del pensamiento filosófico moderno; particularmente le interesa el problema de las relaciones entre el alma y el cuerpo. Eduardo Nicol, a quien ya debíamos una *Psicología de las situaciones vitales*, muy penetrante y con abundancia de indicaciones originales sobre el sentido y condiciones del comportamiento humano, ha publicado un extenso trabajo *(La idea del hombre*, 1946), "historia de la idea del hombre griego", según él mismo lo define, que es uno de los mayores esfuerzos de la indagación histórico-filosófica cumplidos últimamente en nuestro idioma. También en México han aparecido las traducciones del libro de Cassirer *An Essay on Man* (1944), con el título de antropológica (1942-45), y del librito de de Jaeger, que tan de cerca toca la cuestión antropológica (1942-45), y del librito de Buber a que me refiero más adelante: obras cuya significación no podría ser exagerada. De las prensas mexicanas provienen igualmente otros libros sobre el hombre y la cultura, que si se mantienen ajenos al planteo filosófico, le proporcionan materia e incitaciones. Para abarcar la marcha histórica del problema es de innegable oportunidad la cuidadosa antología de Julián Marías *El tema del hombre*, editada por la *Revista de Occidente*, en 1943; otras publicaciones españolas sobre el asunto son *Los sexos, el amor y la historia* (1947) y *¿Qué es el hombre?* (1949), de Pedro Caba, y la *Antropología filosófica pascaliana* (1949), de José Perdomo García. El curso sobre "El hombre y la gente" que estos días desarrolla Ortega y Gasset, en Madrid, autoriza a suponer próxima la aparición de un libro esperado desde hace largo tiempo. En los numerosos congresos filosóficos celebrados estos años en Europa y América, el problema del hombre ha sido uno de los más debatidos y probablemente el que ha dado lugar a las más ardientes discusiones. No ha de olvidarse que las tesis del existencialismo se pueden reducir, en lo capital, a una doctrina del hombre, su índole y sus perspectivas.



Entre las últimas contribuciones al problema que han llegado a mis manos, quiero hacer rápida mención de cuatro: las del Müller, Meyer, Brunner y Buber.

Aloys Müller es muy conocido entre nosotros por su *Psicología* y su *Introducción a la filosofía;* en edición de postguerra ha reelaborado esta última, que en su nueva forma se acerca más a lo que ya se insinuaba en las ediciones anteriores: ser en cierta medida un tratado de filosofía, y no del todo una Introducción, según los modelos corrientes. Para la exposición de sus pensamientos sobre el hombre ha elegido Müller el mismo rubro del famoso libro de Max Scheler: *El puesto del hombre en el cosmos*, título que se encuentra con alguna reiteración en la bibliografía antropológica. Procura conciliar la tesis teísta con el evolucionismo: Dios, instancia previa y soberana, al crear la realidad configura y deposita en ella una imagen o proyecto del hombre, cuya realización deja a cargo de una evolución natural encaminada finalísticamente. El hombre, conforme a una intuición de vieja prosapia, es un microcosmos; recapitula en sí toda la naturaleza. La mera evolución, concebida como resultado de acciones causales, no explica esa condición suya de resumen o compendio de lo anterior; ha de admitirse algo más que la evolución misma, una orientación, una meta preestablecida, un designio teleológico sobrepuesto al proceso evolutivo. Sentido y pináculo de la realidad, el hombre es como la integración de la naturaleza, y la naturaleza, a su vez, viene a ser el hombre desintegrado, repartido o diseminado en la muchedumbre de los entes. Si bien el espíritu en cuanto conciencia y el acceso a los valores son exclusividades del hombre, el universo muestra una proyección hacia el espíritu y sus estructuras básicas son en cierto modo afines al pensamiento, lo que justifica que sean captadas y entendidas por el hombre.

En el polo opuesto a Müller, pensador de raíz cristiana, se sitúa Charles Meyer, quien procede de las ciencias, al parecer de la química. En su libro *L'homme, esprit ou matière* (1949), esboza una teoría del hombre como parte de una interpretación rigurosamente materialista de la realidad. Meyer es partidario de un materialismo renovado y sin compromisos. Sus tesis fundamentales son las clásicas del materialismo: el universo no ha sido creado ni responde a ningún designio, y todo en él proviene de la materia y de la energía, que funcionan según leyes físicas y existen de toda eternidad; la vida ha surgido por influjo de causas naturales, y el espíritu no es sino una manifestación de los fenómenos materiales. Pretende superar el dogmatismo de los materialistas anteriores y elige su camino entre el puro azar y el determinismo pleno, decidiéndose por un determinismo parcial en el que, para lo vital, interviene como factor dominante la sensación de placer, que gobierna la vida y dirige la evolución: "la alegría de vivir, el deseo de vivir, la voluntad de vivir, desde lo más bajo a lo más alto de la escala, inspiran las menores células y explican sus comportamientos"; no hay, por lo tanto, otra finalidad que un bienestar inmediato, y desde que han aparecido las núcleo-proteidinas dotadas de irritabilidad, el azar ha cesado de ser ciego. Sobre estos supuestos se instala una moral "natural" muy afín, por no decir semejante, a la del epicureísmo; para el autor, la moral de Epicuro es, no solamente el prototipo de todas las morales utilitarias, sino también de toda moral natural, empírica y materialista. Meyer se esfuerza en ceñir su concepción a los datos de la ciencia natural, y elude cualquier fundamentación que tenga que ver con lo histórico, lo social o lo político; critica y rechaza el llamado materialismo dialéctico, y sostiene que un materialismo preocupado de la lógica y consecuente consigo mismo debe ser, ante todo, individualista, sin que con ello se nieguen la interdependencia humana y las necesidades prácticas que derivan de ella.

Constantin Brunner, cuyo verdadero nombre era L. Wertheimer, salió de Berlín en 1933 y se refugió en La Haya, donde falleció en 1937, a los setenta y cinco años; pero ya en Alemania, desde los comienzos de su actividad filosófica, poco más allá de la treintena, se había convertido en una especie de desterrado voluntario, que buscaba la soledad para elaborar una filosofía de lo eterno sobre la pauta de Platón y Spinoza, sin preocuparse del mundo en torno y sin que el mundo se preocupase tampoco de él. Sus principales obras salieron entre 1908 y 1930; durante su residencia en Holanda no publicó, pero siguió trabajando

y, al parecer, dejó varios escritos terminados. De uno de ellos se ha extraído el fragmento que, con el título "Informe sobre el hombre", ha dado hace poco una revista de los Estados Unidos. El viejo filósofo, que desde su obra primeriza había señalado el contraste entre la pura verdad del espíritu y los poderes de la apariencia y la mundanidad, agrega sin duda a su originaria experiencia metafísica las muy concretas y amargas experiencias de los últimos años de su vida, para producir un informe que es más bien una tremenda acusación. Sobre el plano de la animalidad, el hombre se destaca con un relieve entre ridículo y sombrío. Como los otros animales, no conoce más amo que su egoísmo; pero mientras que en los demás vivientes el egoísmo es directo y natural, en él se complica y desfigura, se exaspera y se disfraza al mismo tiempo, se envuelve en tantas mentiras y origina tal cantidad de maldades, que el hombre debe ser considerado el más bajo de todos los animales. Por egoísmo, el hombre engaña de continuo a sus semejantes y se engaña a sí mismo, imagina supersticiosamente cosas que no existen, se halla siempre insatisfecho, se crea necesidades artificiales y superfluas, cae en repugnantes vicios y —ladrón que a sí mismo se roba— cree ser cosa muy diferente de lo que es. Lo que denomina conocimiento es una mezcla de saber, sentir y querer, todo confuso y en una pieza, que de ordinario lo descamina. Su religiosidad es miedo y es adulación; su misma adhesión tardía a la ciencia no es sino el reemplazo de una mitología por otra. En este tono se desenvuelve el "Informe", donde hay uno que otro destello, pero sin que por ello se ilumine la negra monotonía de la requisitoria. Aunque el juicio haya de reservarse hasta disponer del texto completo, de lo que aquí se nos da puede decirse que, más que una información, es una refutación del hombre.

De fuente mucho más serena brotan las ideas de Martín Buber, quien también tuvo que salir de Alemania hace años y enseña ahora en la Universidad de Jerusalem. El sentimiento de la unidad del todo, intuición central de la metafísica de Brunner y justificación teórica de su diatriba contra el hombre, en cuanto lo ve ajeno y de espaldas a la infinita realidad una, se transforma en Buber en un imperativo de unidad y concordia humana. Ya en 1920, en sus *Tres disertaciones sobre el judaísmo*, escribía: "Por todas partes encontrará uno el sentimiento y la experiencia de la desunión; y por todas partes *la aspiración a la unidad*. La aspiración a la unidad. A la unidad en cada hombre; a la unidad entre las partes del pueblo, entre los pueblos, entre la humanidad y todo lo que vive. A la unidad entre Dios y el mundo". El problema antropológico lo ha examinado en *Yo y tú* (1923) y en *¿Qué es el hombre?*, curso dictado en 1938 y recogido en libro en 1942, que ahora se publica en nuestro idioma; Buber goza de renombre de gran escritor, y no lo desmiente a través de la bella traducción de Eugenio Imaz. Aunque el objeto del libro es exponer y discutir puntos de vista ajenos, la posición del autor se manifiesta con toda claridad, unas veces incidentalmente, al hilo de sus críticas, y más de propósito al final. Ni la concepción individualista, ni la colectivista, son capaces de dar cuenta del hombre total; la primera ve al hombre trunco, al referirlo únicamente a sí mismo, y la segunda lo disuelve en lo común y sólo percibe la "sociedad". En el individualismo contemporáneo denuncia sagazmente Buber, un fundamento ilusorio, una exacerbación que engrandece y glorifica la individualidad, para triunfar mediante este arbitrio de la soledad y la desesperación. El hombre debe encontrarse consigo mismo y se encontrará al fin, pero sólo cuando llegue a suprimir las ilusiones o engaños del individualismo cerrado y del colectivismo neutro, cuando se busque por el camino del otro. El hecho humano fundamental no es el individuo solitario ni la colectividad, sino el hombre *con* el hombre, lo que denomina Buber el fenómeno del *entre*, que ocurre cada vez que entre el yo y el tú se establece una relación íntima y veraz, que puede ser de armonía o de pugna, y que es la condición inexcusable para que cada uno se halle a sí mismo y halle a los demás. La antinomia entre el individualismo y el colectivismo se le aparece como falaz y transitoria. En la relación del *entre*, en el descubrimiento del semejante y el consecutivo hallazgo real del yo, residen la conciliación del individualismo y el colectivismo y la posibilidad de una ajustada comprensión de lo humano, que no se cumple sino cuando el "uno se encuentra con el otro".

(*) El libro de Theodor Lessing *Europa und Asien* está ya traducido a nuestro idioma; ver sobre él un artículo aparecido en estas columnas y recogido en mi libro *Filósofos y problemas*, 1947. Sobre la obra de Ernst Bergmann, *Erkenntnisgeist und Muttergeist*, hay un estudio en mi libro *Filosofía de ayer y de hoy*, 1947. El título del escrito de A. Müller es *Die Stellung des Menschen im Kosmos*, 1948; he dado referencia más larga de él en la revista *Universidad Nacional de Colombia*. Las páginas de Brunner las ha traducido al inglés y publicado en *The Personalist*, enero de 1948, Abraham Suhl, quien da como título de la obra entera, inédita, *Man Unmasked*. Pronto tendremos en nuestra lengua la *Antropología filosófica* de Groethuysen, completada por el autor, recientemente fallecido, con materiales que debió suprimir en la edición alemana, de 1891.



(Ilustración de *Amighetti*)

Mensaje

Por *Fernando CENTENO*

(Dl libro *Signo y Mensaje*. San José de Costa Rica. 1950).

Mi voz —que viene cabalgando siglos—
llega a ti, a tu voz, a tu sueño,
a tu blanco amanecer, ¡Hombre Futuro!,
hombre adelantado en el tiempo.

Mi corazón marino —rosa de las aguas—
ha marcado el rumbo de tu pecho.

Vengo a darte mi palabra amanecida
con luz de ángel y de cielo.

A traerte mis peces asombrados,
mis pretéritas alondras que volvieron...

¡Resuciten los pájaros dormidos,
los pájaros eternos del Ensueño!
Es el signo, es el signo y la hora:
¡que se rompan las jaulas del silencio!

¡Oh satánico arcángel, te saludo
con la bandera universal del viento,
con mi canto, que es voz de agua
en hondos ríos de fieltro!

¡Taumaturgo del átomo,
hacedor de pájaros y rosas!
(digo la palabra que está esperando
la vida en mis labios).

Tu voz —de huracán y de paloma—
a los astros azules
trazó nuevos rumbos.

Tu átomo indicó los puntos cardinales
al caracol, al árbol, a la nube,
y en el aire plantó su siembra gemidora
y de mortales vientos y crepúsculos.

Inventaste un dolor: tu pena de caoba,
el bronce callado de tu pena.
Y tu fresca expresión de agua nacida
sofocando el dolor de la tierra.

La verdad se extravió, como un niño,
en el camino de tu pensamiento,
y una enjuta ilusión dilatada
fué brújula en tu vida miscelánea.

Nuevas formas, nueva vida;
muerte inédita anhelabas,
y en tu soñar de río eterno,
te arrastraron atómicas vorágines.

Y yo entendí tu corazón,
porque en el mismo
paralelo de tu corazón estaba el mío...

Con los brazos inútiles y airados
de grandes árboles del bosque,
la tierra te impreca, y las ciudades
con el índice ausente de sus torres.

Los niños cercenados
en maternales vientres.
Blancura hacia la tierra del anciano,
violadas vírgenes de nieve.

¡Oh tu siembra gemidora y estéril!

¡Violador del espacio
y la honda esmeralda del océano!

Tu palabra prometeica
abrió las puertas subterráneas de la sangre
y los hombres escapáronse por ellas.

La garganta del mar perece estrangulada
con tu cuerda electrónica
(¡tu mar, que con sus dientes de agua
devora rocas y playas!)

Carcelero
del viento
que tiende sus oídos
adivinando estrellas y distancias.

¡Domador de la tierra
sin llanto!
Río maldito de abejas.

Tus caballos se alimentan de azucenas,
y con hoja fugaz de mariposas, tus conejos.
Tus osos comen carne de palomas.

Transformaste los siete elementos,
en su distinta esencia y en su nombre.

¡Quién pudiera asesinar la rosa
—dijiste— y hacer otra rosa diferente!

Que el niño de sueño y de nieve
se haga rosa en la rosa del vientre.

Que el grano en el viento se plante
y del grano brote el cisne,
del cisne nazca el ángel!

Que los nidos ensayen
su diminuta orquesta libre
en altas bahías del aire.

Que el seguro brotar de la simiente,
desde el fondo de la tierra,
no sea más un laborioso parto verde.

Cuando rasga sus clámides el viento,
quieres mirar sus formas invisibles
y las tercas jaurías que lo siguen...

Tu noche, con su alfanje,
ha cercenado el cuello de la tarde.

En un cielo de estaño, sin paisaje,
rumia tu asno sin bíblicos orígenes.
¡Y en el tierno horizonte de su lomo
cabalgó la mansedumbre de la tarde!...

¡Oh, tu eterno cansancio
de lo armónico y perfecto!

Simiente maternal que multiplica
y da su fruto exacto en tiempo exacto.

Cansancio del alba,
que vendrá mañana
—como hoy— en su cumplida
aparición de cada día.

En la alquimia buscando nuevas formas,
arrojaste la aurora en sus redomas...

Arbol cansado de quietud y silencio,
que crea sus hamacas de sombra
y sus verdes orquestas de viento.

Cansancio del círculo pequeño:
la vida, la muerte: girar siempre
alrededor de sí mismo... como el perro.

Cansancio de tu voz de explorados metales.
Cansancio de azules comarcas sin eco.
Cansancio final del final sueño.

Tu cansancio y tu pena crearon
un dolor más allá de tu llanto.

Señor de la célula multípara,
del electrón colérico
y vegetales pueblos de bacterias:
veo brotar en tu entraña sensible
el oculto carbón de la tristeza.

Y en tu voz, y en tus sienes,
hay violentas colmenas.

¡Deidad del espacio
y del cielo salobre;
del fuego de hielo,
del agua estelar y la nube terrestre!

¡Deidad de la tierra sin dioses!

(El Hombre proclamó con su agonía
el triunfo angélico y satánico del *Hombre*)

Son tuyos: el cielo, y la luz, y la noche,
y los viejos molinos del tiempo.

Tu voz y tu muerte, son tuyas,
al final de tu vida y tu sueño,
de tu alto golpear contra la luna.

La errante trompeta del aire
nueva vida te anuncia
¡oh creador de desnudos arcángeles!

¡Tú, que cuando te arrodillas
cobras celestial altura!

¡Tú, que a las blancas comarcas de la aurora
—inhabitadas todavía y sin nombre—
pides canto de nocturnos ruiseñores!

¡Tú, que pesas la tarde y mides con tu metro
la duración de los crepúsculos!

¡Tú, Hombre y dios, Hombre Futuro,
que creaste en la vida y en el sueño
tus islas de esperanza y mis cisnes de luto!...

---

4 cantos

Por *Luis IBARRA*

(Del libro inédito 12 *cantos y un poema*. Envío del autor).

CANTO 1950

Canto salobre de eternidad
es mi canto:
El mundo está perdiendo su faz;
los hombres cavando cada vez más el cielo
con turbada osadía.
Truenan todas las aguas sucias
y todas las tormentas dentro de nuestro barro.
¿Volveremos al mundo troglodita?
Los cuervos devoran a los cuervos:
las águilas ebrias de altura
desgarran el misterio.
Preñado está el Planeta de antinomias ocultas.

El ojo de Dios comienza a manifestarse
en su caída con un verde color enmohecido
La Tierra suda petróleo y sangre,
hieden a podredumbre sus axilas;
los rostros y las almas traslucen
oro y acero en las pupilas.
El homo-sapiens pare monstruos y ritmos
contra los ritmos planetarios.

Cavando, cavando vamos
cada vez más el cielo,
cada vez más el suelo
con nuestros fierros,
con nuestros hierros
con nuestros yerros...

Vamos perdiendo, vertiginosamente,
el ritmo puro de nuestra danza.
Estamos locos de ciencia
cavando cada vez más el cielo
cada vez más el alma.

Enero de 1950.

CANTO NUMERO 2

Cantar, siempre cantar;
cantar y danzar sobre
las hojas muertas de nuestra carne
para no desesperar.

La Muerte,
colgada a nuestro cuerpo
como fruto a la rama
como hermana gemela de nuestra sombra,
marcha al lado,
por delante, detrás,
poniendo puntos suspensivos
al río de nuestra sangre.

En cada día,
en cada noche
se ocultan crímenes o alboradas.
Amanecemos frescos
o amortecidos
según las luces del minuto que pasa:
puñales, manicomios, dinamitas, diamantes
orgías cataclismos o adivinaciones.

El Tiempo marca
con ritmo cierto
el movimiento de nuestras piernas,
los contratiempos del corazón
y el final retorcido de nuestro canto y danza

Sobre la última cama
para el último sueño
la Tierra nos embarca de nuevo
en sus caderas amplias.

París, diciembre. 1949.

CANTO NUMERO 3

Cada fin de diciembre,
Calderón de la Barca sobre el puente,
alzamos, mar adentro,
el ancla de nuestro sueño.

La Madre original
de nuestro polvo y canto
con aire y luz nos sopla la Esperanza
de llegar a las islas de Robinson o Sancho.

Cancerbero,
capitán de la nave y usurero,
nos grita desde el vientre:
dinero, más dinero
para ganar el puerto.

En manos de la Madre es el dinero
pordiosero del aire, de la luz
y de las aguas puras.

Con el ojo a las cosas apegado
y las manos a tientas
entramos en enero
para seguir el curso
de nuestro sueño.

Nuevos juguetes
nos divierten el viaje peregrino:
Trasmitimos mensajes al minuto,
volamos,
hablamos
y cantamos
de polo a polo,
de mar a mar.

Con sol y cielo, de par en par, abiertos,
podríamos cantar un nuevo amor
y navegar en paz.

Pero no ha amanecido
aún para las almas
la profunda alegría
de ver a Dios desnudo en cada espiga,
cada pupila, corazón y mano.

París, enero de 1950.

CANTO NUMERO 4

A Gabriela Mistral,
en el aniversario
de mi patria.

ELLA

Ella.
que es
y no es
Eternidad,
Nada,
Todo.

Poesía: Ella,
Gabriela Mistral
disparada hacia el Sur
sobre esta concha-nácar del Pacífico
Chile,
cumbre,
nido de estrellas y de cóndores.

Ella,
cifra de oro,
rúbrica sideral,
sombra señera de los Andes,
sombra dulce del indio,
voz sabia y maternal.

Whitman, Rubén Darío,
Ella, Pablo Neruda
gemas y símbolos de un continente
esbelto, vertical,
Pegaso en cierne del Planeta,
con un pan milenario siempre fresco:
el Maíz,
verdor y comunión de 20 pueblos,
pan de sol y de dioses.

Gabriela Mistral,
entraña de mi raza y de mi lengua:
yo te saludo en nombre de mi tierra
Nicaragua.

París, 15 de setiembre de 1949.

Fantasía, explicación y misterio

Por *Fabián DOBLES*
(En *Rep. Amer.*)

En un interesante y sustancioso artículo sobre Cinema y Cultura, aparecido en *Surco*, —revista hondureña— de julio y agosto de este año, y firmado por el escritor Oscar A. Flores, nos encontramos con el final de un párrafo en que, refiriéndose a los dibujos animados, piensa el articulista que éstos pueden ser... "un medio, rico en seducción, para interpretar al través del movimiento, el color y la forma las realizaciones a veces abstrusas de la ciencia y el arte, como por ejemplo en *Fantasía*, la admirable cinta de Walt Disney que ofrece al espectador una explicación clara de las obras musicales de Stravinsky, Ponchielli, Tchaikovsky, Schubert, Bach, Beethoven, Moussorgsky, y otros grandes maestros de histórico prestigio universal".

Hasta donde se habla de interpretar sirviéndose de este arte nuevo, el cine de dibujos animados, realizaciones anteriores de la ciencia o de otra forma de arte, nos parece certero el punto de vista, a condición de considerar tal interpretación una creación personal del dibujante, dentro de la extensa libertad que lo artístico permite. Mas si el escritor dice que Walt Disney ofrece en *Fantasía* una *explicación clara* de obras musicales por medio de los dibujos animados, afirma algo que está fuera de las posibilidades no sólo de ese gran artista que es Disney, sino del arte en general. No es nuestra intención aquí hacer una crítica del artículo de Oscar A. Flores, que tanto nos interesó. Sólo quien escribe sobre tema científico está obligado a ser lo más exacto posible. Tratándose de arte o letras, cabe cierta arbitrariedad conceptual, siempre que lo medular del ensayo o artículo lleve una orientación acertada. A veces, escribiéndolo, se expresan ideas no esenciales a él, que ilustsran sin embargo su intención vertebral, a pesar de no ser exactas por no haber sido objeto de la meditación básica del autor. Flores, tratando de ampliar y aclarar un concepto ya de suyo nítido, se introdujo en todo un problema estético que podría dar lugar a otro extenso artículo, titulable: ¿"Puede explicarse el arte"?

Porque, al fin y al cabo, ¿qué es en una obra artística cualquier el "ello artístico"? Desde una danza primitiva hasta la más reciente poesía de la Mistral o la última sinfonía de Shostakovich, ¿cabe hablar de explicación de su esencia milagrosa, la que los hace ser arte? El arte, claro está, no es sólo forma. Es más, creemos que el ya arcaico binomio fondo-forma debe ser revisado precisamente a fondo, porque sin duda en cualquier creación artística resulta imposible discernir qué sea lo uno y qué lo otro, al igual que el aire que respiramos es sólo aire, bien que contenga más de un componente químico. Existe una unidad indivisible en lo poético, lo plástico, lo musical; en la belleza no caben dualidades de fueras ni dentros, espíritu y materia, como, refiriéndonos al hombre que la produce, en éste son inseparables la emoción y el sistema nervioso que la origina. Pero aun aceptando que haya modo de individualizar el fondo o la forma, ¿es que puede explicarse el fondo en una obra artística? La confusión, creemos, viene de un criterio no por antiguo menos falso que confunde el argumento, lo anecdótico, con lo esencial de aquélla, especialmente en lo que atañe a lo literario o las artes plásticas. Porque, vamos, tratándose de música, es más que imposible descubrir en su lenguaje cuento, argumento o anécdota. No hay más que asunto que es al propio tiempo forma musical.

Es verdad que existen piezas escritas "sobre" una galería de cuadros, por ejemplo, o "con ocasión" de una obra literaria, para "representar" en ópera un libreto; mas, a nadie se le va a ocurrir pensar que lo musical en la ópera es su argumento, o que es factible contar cualquier historia en contrapunto. "Pedro y el Lobo", de Prokofieff, nos ilustraría cabalmente al respecto. El cuento sobre el que está escrita la pieza ni se deduce, ni se trata de narrar musicalmente. Acompañar, sí, sugerir, hasta cierto punto. Quizá hasta sea demasiado atrevido decir que es una interpretación personal del músico a través de su idioma de melodías y acordes, musical nada más, de cuanto le sugiere a él la historieta objeto de su interpretación. Como el Gallo de Oro, de Rimsky, o la Catedral Sumergida, de Debussy. Menos todavía, si cabe, la Pastoral de Beethoven, llamada así porque a alguien, no al genial sordo, se le ocurrió que estaba concebida sobre motivos pastoriles porque allí, entre armonía y armonía, sí, indudablemente que aparece cierto vahear campestre, que musicalmente brotó del interior del músico, capaz de traducir en misterio musical el misterio de la naturaleza, del hombre, de la vida.

No; Disney sencillamente concibió una cinta en que armónicamente dos sentidos sirvieran para recibir de consumo una nueva forma artística: la de los dibujos animados a propósito de temas musicales. Tal como en ópera se escucha teatro y se oye canto y orquestas al mismo tiempo, dando con eso lugar a algo nuevo, lo operático, o como en el teatro se hermanó la pantomima con la obra literaria, produciéndose una forma artística nueva. Muy cerca del ballet, pensamos, en que danza, pintura, música y hasta escultura se entrelazan y se recuerda lejanamente la pantomima y el teatro. Llámesela como se quiera, no hay duda de que Disney logró una creación formidable, en que ni la sinfonía o la tocata se oyen únicamente, ni únicamente se ven el color y la línea, sino que... hasta parece oírse el color, y verse la nota. He ahí el acierto. Pero, ninguna explicación de nada. Arte nada más. Porque, ¿es que hay modo de explicar el "ello artístico" en, verbigracia, la Venus de Milo? ¿De reducir a conceptos, a entendimiento, un drama shakesperiano, de manera que pueda saberse por qué emociona aquí, por qué hace reír acá, por qué parece que nos comunica locura en tal o cual parte? Bueno, cabe cierta explicación en lo que dice

a lo puramente mecánico, o formal, o técnico. Pero a esa explicación escapará siempre la tan oculta y telúrica unión que el verdadero hechicero artista encuentra y nos da entre lo afectivo y lo intelectual, al punto que sintiendo, experimentando y gozando su creación, se convence uno de lo limitada que resulta la ciencia psicológica cuando en cuadros indudablemente ciertos hablando científicamente, nos presenta, por un lado, los fenómenos de la vida afectiva, y por otro, los fenómenos de la esfera cognoscitiva o intelectual, mas no todavía un paisaje del alma humana tal como ésta realmente sucede: a una, como un todo.

La misma, ni más ni menos, es la dificultad que está en la raíz de la explicación del arte. Muchos "cómos" y "cuántos" pueden aclararse en él, pero el "qué" fundamental, ese punto sensitivo, eje central de prodigio y de creación, en que lo afectivo y lo intelectual son uno, donde lo que se comprende y lo que no se comprende hablan el mismo lenguaje desconocido, y el júbilo y la angustia se entremezclan como se aúnan lo material de la forma y lo estelar a que está orgánicamente integrada, eso que hemos llamado "ello artístico", todavía no ha podido ser esclarecido. El numen, lo nouménico del arte, es por condición fugitivo e inasible conceptualmente hablando. No se comprende; se bebe y se paladea. ¿Hay alguien que pueda decir en qué radica lo esencial del "bon vino". Pues lo mismo acontece con el "roman paladino". Esto no obsta para que el uno y el otro nos calen tan hondo.

Lo anterior, para no poner punto final todavía, se nos ocurre es la razón de los movimientos literarios y plásticos modernos, esos que tanto que hacer dan a quienes, por prejuicio, están acostumbrados a enfrentarse a la estética para inquirir de ella respuestas objetivas, confundiendo lo lógico con lo "para-lógico", lo exacto con lo maravilloso. El artista de los últimos descenios ha comprendido, y lo ha comprendido precisamente meditando a fondo sobre la verdad de lo que es lo clásico de todos los tiempos, que el asunto artístico y central de una obra no es necesariamente su argumento, su anécdota. Y así lo real del arte se ha libertado conscientemente, y encontrado inmensos horizontes hasta ahora insospechados, al desprenderse de un fetiche innecesario, encontrando rumbos nuevos por donde desenvolverse y remozarse.

Un caso, entre otros, dentro de esta tendencia que las gentes se empeñan en encasillar en "ismos" específicos cuando en el fondo no es sino una, susceptible sí de orientaciones diversas, lo constituye precisamente *Fantasía* de Walt Disney. Musicalizar dibujo, o colorear y animar música es todo un atrevimiento y más si se lo hace dentro de un concepto cinemático. Pero estamos en presencia de una formidable combinación, de un supercine, que también, como el arte en general, resulta inexplicable. Por lo demás, todo encanto desaparece cuando se le encuentra el quid. Y el arte dejaría de serlo el día en que el hombre, convertido ya en un cerebro gigantesco, pudiera, como se trueca en onda sonora una eléctrica o en eléctrica una hertziana, trasmutar una emoción musical en visual o explicárselas. Bendito sea, así, el misterio, sin el cual ¿qué habrían de hacer los poetas?

Costa Rica. 1950.



Recreo sobre las plantas

Por *Alfredo CARDONA PEÑA*

(En el *Rep. Amer.*)

Acabo de leer, como quien camina sobre las hojas de un otoño imprevisto, la incomparable *Historia de las plantas de Nueva España*, de Francisco Hernández, editado por la Universidad Nacional de México en tres gruesos volúmenes. Francisco Hernández, médico e historiador, hombre de vastos conocimientos, traductor de Plinio y con justicia llamado "el protomédico del Nuevo Mundo", fué comisionado por Felipe Segundo para que, pasando a Occidente, examinase las riquezas indianas. México se proyectaba en Europa con el prestigio de una cornucopia repleta de celestiales condumios, y todo era preguntar, y hacer cálculos, y ver a personajes contemplando los mapas colombinos, mientras los dedos "tecleaban en ademán de contar", como decía Quevedo.

Pero, al lado de estas miserias, hombres sabios y prudentes, que los hubo en España, realizaron el descubrimiento de la naturaleza, mostrando en obras perdurables la bondad de los suelos. No hay cosa como oler estas manzanas clásicas, estos Hernández y Bernales y Sahagunes. La historia —que es justicia relatada— ha humillado la insolencia del de a caballo, para quedarse con el aventurero genial. Muy sencilla es la razón. Estos humildes viandantes, a menudo frailes o sirvientes del rey, se preocuparon en escribir, y no en codiciar, y así lo que dejaron no tiene precio. Bernal, desgarbado y como asustado de escribir, inicia la epopeya. Sahagun estrena la minuciosidad preciosa. Pero Hernández es el primero que recoge farmacias en el bosque. Se trata de un médico con algo de escaramuza. Nos lo imaginamos a salto de mata, sufriendo la intemperie de la hora, probando jugos peligrosos y contando vilanos.

Centenares de plantas va recogiendo, y al final del trabajo nos ofrece una selva. Tantos poderes contenidos, tantas drogas letales y elementos y fuerzas duermen en la historia de las plantas, que podemos considerar esta fuente de estudio como mágica. No en vano los indios callan los secretos del agro. Realizan venganzas y agradecimientos con sólo arrancar un arbusto, y hay veces en que la ciencia con todos sus alambiques adopta una actitud suplicante, como de rodillas ante el indígena, pidiéndole por favor el nombre de la medicina o del veneno.

Hay plantas y plantas. Plantas saludables y benéficas, a cuyo amor se cobija la historia de una raza, como el maíz, el sagrado *tlaolli* azteca, "la madre de hermosa cabellera ondulante", como es denominada en los himnos prehispánicos. Plantas extrañas y lunares, copiosas de leyenda, magníficas para decorar una fantasía, como la remota *cocoyac*, cuyas raíces huelen a humo. Plantas homicidas y rencorosas como el funesto *plepatli*, hierba de alacrán, barba del diablo que produce irritaciones espantosas y mata con asiática lentitud. Y plantas estéticas, artísticas, como los resplandores que salen del *teocuitlaxochitl*, flor dorada de los atardeceres, ociosa en su hermosura, nacida para dejarse ver. La ciencia ve lo suyo, nosotros vemos lo que nos pertenece. Todas estas envidias de Salomón, estos aromas y vergencillas indolentes que Francisco Hernández recoge, analiza y describe, tienen un encanto nupcial, como si nos desposáramos con la montaña.

Y estudiando aquí y allá con utilidad vagabunda, nos acordamos de Juan Badeano, el indito sabio de Xochimilco, quien logró clasificar más de diez mil especies botánicas. Un Linneo de Anáhuac, sí señores, cuyo nombre no aparece por ninguna escuela del contorno, pero que acaba de ser editado en Nueva York a todo lujo, recogiendo la empresa editorial gran parte de su filosofía médica.

Nos acordamos también de Lutero Bourbank, el santo de las rosas que pintó Frida Kahlo, un anciano de clavel que llegó a producir jardines sin espinas por un procedimiento que él llamaba "quitarle el temor a las rosas". ¡Quitarles el temor a las rosas! ¿Han oído ustedes cosa más llena de poesía? Porque en verdad, si las rosas tienen espinas es por el miedo que tienen de los dedos humanos, ante sus ojos como serpientes. Lutero Bourbank, que las acariciaba y no las desprendía de sus urnas, supo tranquilizarlas y ellas, agradecidas, guardaban sus espadas.

Nos acordamos también de los filósofos de la mente, tipo Vivekananda, para los cuales el alimento a base de plantas da a los hombres un bienestar corporal y una fortaleza física ante los cuales palidece el más suculento *beefsteak*. Y de otras cosas nos acordamos, porque el reino de Teofrasto es fecundo en consideraciones. Goethe decía:

Cada planta te anuncia una ley sempiterna
y cada flor conversa claramente contigo.

México, D. F., agosto de 1949.

El valor de las horas

(En el *Rep. Amer.*)

Conozco el valor de las horas. Sé que esta hora que va pasando no me será devuelta. Su paso es inexorable. Su pérdida es irremediable. ¿Cuál es la hora más importante? La que está ahora ante mí. La que puedo contemplar cara a cara. La que es portadora del existir.

Esta es la hora que hemos de hacer fecunda. Toda hora, como toda mujer, puede ser hecha fecunda. Contempla esta hora de la mañana. Contempla ese rostro cándido de la mañanita. Contempla esa luz tierna, ese azul sereno, esa brisa fresca, ese silencio, esa paz, y dime si no hay en esta hora gran posibilidad de fecundación. Si escribes una página sobre esta hora, ¿cómo será esa página? Será la aprehensión de esta hora. A esa página será trasladada la candidez, la dulce luz, la ternura de esta hora. Esa página querrá ser recreación de esta hora. Esa página será obra de amor y obra de belleza. El poeta, conmovido ante la mañana cándida y dulce como el sueño de un niño —hora del alba— quiere expresar sus loores. El poeta sabe que tiene ante sí el máximo tesoro. Ese tesoro es la hora ungida de amor y de belleza. Ese tesoro es el enlace de su alma con la Naturaleza en unión perfecta de amor. El poeta es un místico de la Naturaleza que busca la comunión con la Naturaleza. El poeta y la Naturaleza se juntan y producen el amor y producen la belleza. Por la emoción, por la emoción desatada, se crea la obra de amor y de belleza.

El poeta mira la Naturaleza. La mira con ahinco, con pasión. La Naturaleza le atrae con atracción invencible. Esa atracción es la suma ventura para el poeta y se deja llevar por ella. Y esta atracción soberana, este influjo avasallador de la Naturaleza sobre el poeta y este entregarse del poeta al alma de la Naturaleza, ¿será un simple juego de bobos? No puede ser. Algo se esconde tras ese juego de amor. Algo se oculta tras esa atracción y entrega apasionada. Y ese algo es un sentido que pugna por revelarse. Es un sentido metafísico que palpita en el paisaje radiante y que el poeta pugna por arrancar a la magnificencia y a la ternura de la Naturaleza.

Es el sentido del ser. Y ese sentido del ser, como el ser, es inmenso, como un océano. En el alma sentimos el influjo de la prepotencia de ese océano del ser que bulle tras la playa dorada del misterio. Es como un corazón gigantesco que palpita. Como un pulso poderoso cuyas vibraciones las sentimos en el alma llenándonos de ansiedad y de gozo. De gozo porque por él intuímos la inmensidad de la vida, la suficiencia del ser victorioso; del ser que no sabe de la muerte.

Y este es el tema magno del poeta y el filósofo. Ambos obedecen a la intuición. Ambos, cuando filosofan o se inspiran, no hacen sino halar el hilito de oro de la intuición que asoma en la hora iluminada, en la hora feliz de la creación, entre el torrente de imágenes, sensaciones e ideas. Y este es el tema del cual el poeta-filósofo no puede apartarse. El tema le ata. Le ata y le hala. El poeta-filósofo sabe, intuye, que no hay tema como éste. Que este es el tema supremo y último de la sabiduría. Es una intuición raíz, intuición madre, que se abre y florece en otras intuiciones. ¿Qué buscará el poeta-filósofo fuera de este tema? ¿Quién teniendo la esencia buscará el accidente?

El tema del ser encuadrado entre el tiempo y el espacio. El tiempo y el espacio ante el poeta-filósofo. El tiempo se abre en sus variaciones de presente, pasado y futuro, tan falaces como el tiempo mismo. El espacio se abre con sus proyecciones ilimitadas, puros mirajes como el espacio mismo. El espacio s abre sobre el abismo como el tiempo se proyecta sobre la eternidad. Abismos por todas partes. Pero el ser reposa confiado como si fuera el águila caudal que se cierne sobre el precipicio. El ser se intuye ajeno al tiempo y al espacio.

El tiempo y el espacio son la cárcel de oro que circuye al ser. De oro, porque reconociendo el tiempo y el espacio como limitaciones, se reconoce la magnificencia, la hermosura de esas categorías que son el tiempo y el espacio. Tanto quiere el ser persistir en el ser, que en la hora iluminada, en la hora máxima de la intuición emocionada, encuentra gratos el tiempo y el espacio y reconoce el valor de las horas que, si son para algo, son para sentir el ser.

Dios hizo la Creación y después que la hizo vió que todo lo hecho era bueno; era en gran manera bueno. (*Génesis*. Cap. I).

Luis VILLARONGA.

San Juan, Puerto Rico.

Esto les cuento . . .

(En el *Rep. Amer.*)

EL HOMBRE... MORDIA LA ROCA

Para *Chabela*, que sintió el dolor y soñó con la redención.—Para mi hijo *Juan José*, que va por el camino con su fardo de ideales.

Visión de mente desequilibrada... más realidad de mi vida, de la tuya, del idealista y dolorido hombre.

Era un hombre que quería, con sus dientes, perforar la enorme roca que le cerró el camino...

Iba quién sabe hacia qué lugar, con su fardo de ideales a la espalda, en anhelo de superación, de mejor vida, de fama, de amor o de poder... como vamos todos.

Iba, no hay que dudarlo, con la mente alegre y el canto en los labios... cuando su camino se cerró: una enorme roca, esa roca maldita que se interpone siempre entre nuestros ideales y el logro pleno de ellos, estaba allí diciendo: No pasarás.

No es fácil renunciar a los anhelos justos y aquel infeliz se sintió capaz de destruir el obstáculo, que a veces se llama envidia, otras odio y siempre egoísmo... y emprendió la lucha.

Trató de remover la roca... imposible.

Quiso bordearla, pero, como si fuera una roca viva, una roca humana, se movía siempre, y siempre cerraba el paso...

Pensó escalarla... mas cada vez la fuerza horrible le daba un tirón y el hombre caía, caía...

Entonces, desalentado, enfurecido, enloquecido... se lanzó a dentelladas contra la roca y principió a morderla.

Le caía a chorros el sudor, salían de su boca arroyos de sangre... a pedazos sus dientes se deshicieron y él mordía aún, lloraba de impotencia y la roca humana, la diabólica roca, oh roca diabólica y asquerosa... reía.

Allí encontró la muerte: sus ideales no realizados fueron su infierno; la miseria y el dolor, sus compañeros.

Su último suspiro iba en alas de una palabra: Esperanza.

*

En la lejanía se divisaban otros hombres que siguiendo la misma ruta venían con su morral de ideales y esperanzas a la espalda, y sus risas eran música. Es la eterna caravana de los hombres, es la eterna lucha con la roca.

¿Y LA ROCA...?

Ante ella, destilando sangre del caído, en su base blanqueada por restos, un hombre, El Hombre, el pensador, meditaba...

A sus espaldas iba acumulándose la multitud de los impacientes que anhelaban pasar...

La Voz dijo así: "Todo lo creado ha nacido; lo vivo tiene su fosa..."

Esta roca, en la cual han encontrado sepultura los ideales, las esperanzas, la vida... y reinó el silencio.

Así, silenciosamente, los hombres fueron colocando a la vera del camino sus fardos de ideales y esperanzas... empuñaron palas y picos y se levantó un canto que era vibración de mañana... no lamento del ayer.

Cantaban los picos al chocar con pedruzcos; silbaban las palas al lanzar tierra... fueron años... centurias... milenios... no lo sé.

Mas un día, una enorme fosa abierta esperaba la caída de la roca...

Lejos los hombres, anhelantes esperaron... esperaron...

Al fin, con estrépito indecible, que hizo estremecer el globo todo... la roca rodó a su fosa. Se había cumplido al fin la sentencia del pensador. Entonces los hombres, en silencio recogieron sus morrales palpitantes de esperanzas, de anhelos infinitos, y al levantar la vista una luz bañó sus frentes aún empapadas del sudor de siglos.

Dijo el Pensador: Adelante, adelante... ante nosotros hay ahora un amplio espacio de *Luz y de Justicia*. Lo roca: egoísmo, maldad, injusticia, yace en la fosa...

Y partieron hacia el lejano porvenir, de cara al sol, confiados y serenos. Había un canto en el Universo... *Era la Aurora.*

HORIZONTE INTERIOR

Para Don *Joaquín*, con un abrazo.

Desde esta altura, mi rancho, la vista alcanza un extenso horizonte.

Allá lejos las montañas; en la línea de mi mirada, las copas de los árboles ahora florecidos, las cintas de los caminos culebreados, figurillas que se ven pasar, bestias de carga, con paso lento, agobiadas y sedientas, aves que cruzan el espacio y un cielo enorme, azul, con brochazos blancos o morenos, que son nubes impulsadas por el viento.

Pero, en las tardes de invierno, se levanta la espesa niebla que viene de allá lejos y va reduciendo ese enorme horizonte..

Llega un momento en que siento como si

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Sus. mensual ₡ 2.00

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.
"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario sobre Nueva York

una mano poderosa me tapara los ojos y ya no veo: la niebla ha metido dentro de mi cabeza todo el panorama; entonces me formo ese horizonte interior y allí encuentro tantas cosas como antes había en el campo y... muchas otras.

Me refugio dentro de mí y medito. En tropel pasan mis ilusiones, mis dolores e inquietudes y la maldad de mi vida, el egoísmo que me carcome, la dureza de mis actos. Bueno y malo, dulce y amargo, bello y repugnante, todo está allí, envuelto por la niebla externa pero iluminado por mi propio espíritu. Y comprendo cómo es de saludable buscarse de cuando en cuando para así sentirse en toda la pequeñez y darle un golpe rudo a nuestro orgullo y a nuestra maldad.

Y he creído escuchar la voz: "Hombre, entra en vida, compréndela y mejórala".

Juan José CARAZO.

Costa Rica. 1950.

No puedo callar . . .

Cabimas, Venezuela, julio 26 de 1949.

Señor don
Joaquín García Monge,
Editor del Repertorio Americano.
San José de Costa Rica.

Apreciado amigo:

Una deuda de gratitud tenía con usted. Mil gracias por la publicidad de mis versos en las brillantes páginas del Repertorio Americano *que envié desde mi querida y lejana Barranquilla. Hoy nuevamente iré a ocupar esa tribuna del pensamiento escrito, ese faro de cultura, alto como una cima, que es el* Repertorio Americano, *orgullo no solamente de Costa Rica sino también de esta América culta, grande y nuestra.*

No pensaba escribir, alejado un poco de las letras, pero no puedo silenciar... no puedo callar... pulso la pluma con el único fin de exigirle al maestro García Monge, se sirva ordenar la publicidad en las páginas de su magnífica publicación, a la carta que dirijo a la revista Amenidades e Intimidades *de Ciudad de México, por motivo de aparecer en la página "Colaboración Espontánea", no mi legítimo soneto intitulado* Iré a Ti... *que envié, sino tres cuartetos que no son de mi propiedad, de los cuales el primer verso del primer cuarteto, sí. Hoy mismo me estoy dirigiendo a todos los directores de órganos de cultura de América donde he colaborado, poniéndoles en conocimiento este caso reprochable.*

Agradezco a usted infinitamente, la inserción de la presente epístola en el Repertorio Americano, *como también de la carta en referencia. Próximamente enviaré algunos poemas.*

Afectísimo amigo y colaborador,

Rodolfo Herrera Rosado.

×

La carta dice así:

Cabimas, Venezuela, julio 26 de 1949.

Señorita Dina Rico,
encargada de la página
"Colaboración Espontánea",
Revista *Amenidades e Intimidades.*
México, D. F.

Apreciada amiga:

Hace meses le envié para la página "Colaboración Espontánea" que usted dirige en la revista *Amenidades e Intimidades*, mi soneto original intitulado "Iré a Ti..." y cuál no sería mi sorpresa y disgusto al mismo tiempo al ver en dicha página del número 200, correspondiente al mes de junio del presente año, de la citada publicación, el error grandísimo, grave y mil veces perjudicial para el suscrito, en que incurrió usted principalmente, como también los redactores y correctores de pruebas de esa importante revista, debido quizás a la poca vigilancia al examinar las colaboraciones, comprometiendo en esta forma el buen nombre del autor. Se trata de lo siguiente: Envié mi soneto que textualmente dice así:

IRE A TI...

Iré a ti cuando llegue la noche...
Y esa noche será la más deseada
Para amarnos tiernamente, sin reproche!
Y hacer de nuestro amor una alborada.

Iré a ti cuando llegue la noche
Radiante y oportuna, noche callada!
Habrá besos de amor... y un derroche
De luz fosforescente en tu mirada.

Iré a ti para que calmes la pena
Profunda que embarga mi alma pía,
Ya que sé que eres la más buena

Y consoladora de todas las mujeres...
Iré para que me ames con idolatría,
Santa mujer, mujer de mis quereres!

Y en vez de aparecer tal cual, apareció el título, mi nombre y tres cuartetos que yo nunca he escrito; éstos dicen así:

IRE A TI...

Iré a ti cuando llegue la noche...
y esa noche será la másc bella;
viviremos la paz y el silencio,
mientras nace la primera estrella.

Iré a ti con los labios callados
y en las manos unción de ternura,
constantemente, prendidos los ojos,
apresando la blanca ventura.

Iré a ti, porque sé que tú sola,
calmarás mi pasado y mi pena;
tú eres limpia de piel y de alma,
tú eres dulce, mujer y eres buena.

Como usted verá, únicamente es de mi propiedad el primer verso del primer cuarteto; lo demás, repito, no y mil veces no.

Como un deber que me corresponde, exijo legalmente y espero, se sirva hacer en la misma página, una rectificación o aclaración, publicando además el soneto original que envié.

De usted atentamente,

Rodolfo HERRERA ROSADO.